

zar? ¡San Cosme y San Damian! ¡Animas de ajusticiados!...

Y la señora del piso principal de la izquierda, que sale á la ventana, le envia seis ú ocho cuartos, haciéndome sospechar si entre las ánimas de los ajusticiados á que se refiere el ciego estará la de alguno de quien conserve memoria la tal señora, que, segun malas lenguas, es una dama de cuenta, tan buena para un fregado como para un barrido.

Y comienza el ciego á cantar en un tono capaz de sacar de tino á un sordo, y el perro de la portera, que estaba tendido al sol, junto al pozo, les despide con sonoros ladridos; y *vista* su actitud hostil por el ciego, se dispone éste á defenderse de toda agresion, y reparte palos á diestro y siniestro, sin alcanzar al animalito, que cada vez se irrita más; y el ciego continúa sacudiendo, y rompe los cristales de una ventana del piso bajo, y á un chico que entra en el patio muy tranquilo, le arrima un palo en la cabeza que por poco le deja en el sitio.

A las voces del chico sale la madre de éste, que en el segundo patio, en el de los cuartos interiores, estaba muy tranquila haciendo media, porque ella no sabe estar parada, y viene la portera con la escoba, y el ciego sale como puede, diciendo: *¡Ahí queda eso!*... y el perro se vuelve á tender al sol, contento con no tener en su presencia al mendigo.

—¡Hijo mio!... exclama la madre del herido... ¿Quién te ha hecho eso?...

—¡No sé! contesta el chiquillo, llorando á lágrima viva.

—¿Por qué ha pegado V. al chico? pregunta la madre á la portera.

—¿Yo?... ¡Vaya V. al cielo, señora!... Pues si yo estaba barriendo la escalera cuando oí ladrar al perro, y bajé...

—Pues á mi niño alguien le ha pegado... ¿Quién te ha pegado, hijo mio?

—¡Ha sido la *señoa* Blasa!...

—¡Oye, embustero!...

—Sí, señora, sí, V. habrá sido... Si V. no puede ver á esta criatura...

—¡Pero señora, máteme Dios!...

—¡Vaya un alma!... ¡Pegar á un inocente!... ¡Como usted no tiene hijos!... Agradezca V. que yo no lo he visto. porque entónces ya le habia caido á V. la lotería.

—Pero si le digo á V....

—Calle V., tia vieja... que tiene V. un alma como un caballo.

—Mire V., doña Mariquita... que no me mueva de aquí si he tocado al chico...

—Sí, sí, niéguelo V! ¿quién te ha pegado á tí, rey del mundo?...

—¡La *señoa* Blasa!.... ¡Me ha pegado con la escoba!...

—¿Lo quiere V. más claro?... ¡Bribonota! Más valia que tuviera V. *cuidado* de la casa...

—Mire V., á mí no me venga V. con *fueros*, porque...

—¿Y qué?... ¿Qué me hará V?... ¿A que no me pega usted á mí?... Si es V. vizca... para que sea V. buena... ¡El demonio de la tia Marizápalos!...

—¡Vaya! señora, váyase V. á su casa, que me parece que no está V. en su juicio...

—¿Sí? ¡me habrá V. pagado el aguardiente esta mañana!... ¡Ven acá, sol dorado!...

—Pero oye, embustero, ¿por qué dices que te he pagado yo?...

—¡Porque sí!...

Pero al llegar aquí, el asistente del piso bajo, que habia presenciado la escena que dió origen á la que acabo de describir, explica breve y sucintamente lo sucedido, con lo cual termina la cuestion despues de media hora de comentarios y amenazas contra el ciego, por si algun dia vuelve á presentarse, y reconvencciones á la portera, porque permite que el perro ladre, y porque ella no está en su chiribitil para ver quién entra y quién sale en la casa.

Por supuesto, que yo á todo esto no he podido escribir mas que ocho versos de mi interesante escena, ocho versos que probablemente tendré que variar despues, porque no serán dignos de la obra ni del autor. No me entretengo, sin embargo, en corregirlos; lo que importa es concluir la escena, que tiempo habrá despues de repararla y pulirla.

¡Qué profundos pensamientos se me ocurren para puestos en boca del ultrajado padre!

Llevo la pluma al tintero, y al ir á ponerla sobre el papel, me detiene una voz que parece del cielo, porque procede de la boardilla, una voz que grita:

¡Fuego! ¡fuego!

Y ármase en la casa tal estrepito y barahunda tal, que no parece sino que el tirano Baltasar ha vuelto al

mundo y acaba de celebrar un festin con igual ó parecido término que aquel otro, de que ya tienen VV. noticia. Abrense puertas y ventanas, gritan las mujeres, corren los hombres, y algunos se disponen á saltar al patio desde las ventanas, ladran los perros, mayan los gatos, los vecinos más valientes tiran á la calle colchones y muebles, en la parroquia tocan á vuelo, vienen la autoridad, los bomberos, las bombas, los aguadores, un batallon y multitud de gente curiosa.

Reunidos todos estos elementos para combatir el destructor elemento que se anuncia, y que así pone en conmocion á tanta gente honrada, se advierte que no hay reja ni rendija en la casa por donde salga el humo que indique la existencia del fuego, de lo cual se deduce cuerda y prudentemente que no hay tal fuego, cosa que luego resulta bien clara con las explicaciones que da la pecadora vecina que promovió el tumulto, por haber visto arder en su alcoba un ruedo, incendiado por un fósforo, perteneciente sin duda á cierto amigo de la tal vecina, encajera por más señas, que allí habia estado de visita momentos ántes.

Tres horas ó más tardan en tranquilizarse los vecinos, y hay señora en la casa que sospecha que el fuego está oculto, y que cuando más descuidados nos hallemos, volará la casa hecha cenizas. Retíranse los trabajadores y todos los funcionarios llamados á intervenir en estos casos, y al parecer, la tranquilidad recobra su imperio en la vecindad. Pero sí, sí, ¡buenas y gordas! entónces comienzan los comentarios sobre los descuidos que suelen ser origen de incendios, sobre la circunstancia notable de que nunca un *fuego viene solo*,

sobre el desarreglo en que, al parecer, vive la encajera que dió la voz de alarma, y sobre otra infinidad de cosas que podrán ser muy importantes, pero que ni á mis vecinos ni á mí nos importan.

Ya son las tres de la tarde, y no he podido aun escribir la escena de mi drama entre el padre y la hija; pero ahora parece que calla la vecindad, y que al fin se ha resuelto unánimemente que cada cual se ocupe en sus quehaceres sin perjuicio de tercero, y que el que en nada se ocupe se tienda á la bartola ó se vaya á dar una vuelta por ahí.

Pero está de Dios, ó mejor dicho, de la vecindad, que yo no escriba la escena de mi drama, porque hasta mis oídos llega el siguiente interesante diálogo entre una señora, inquilina del tercero, y su apreciable esposo:

—Ya te he dicho, Soledad, que no me pidas.

—Yo no pido nada que sea fuera de razon, Juan; yo necesito un vestido y un pañuelo de capucha.

—Yo necesito otras muchas cosas, y me paso sin ellas.

—Ya no puedo ir á casa de doña Gertrudis, porque es una vergüenza que me presente con el mismo vestido todos los dias.

—Nada pierdes en no ir á esa casa, porque á mí no me gusta que vayas sola á ninguna parte, y mucho ménos adonde va tanto hombre.

—Sí, ¡que los hombres me van á comer!...

—Nó, á comer precisamente, nó; pero, en fin, yo me entiendo y tú me entiendes.

—Sí que te entiendo; lo que tú quieres es que tu mujer sea tu esclava.

—Nó; lo que yo quiero es que mi mujer sea mi mujer.

—Pues tú verás cómo me compras lo que necesito.

—¿Cómo lo compro? Con dinero, hija; pero como no le hay, como soy cesante, para servir á Dios y al ministerio, como los gastos que tenemos son iguales á los que teníamos, y los ingresos son mucho menores....

—Es claro, y estaremos así hasta que Dios quiera.

—Nó, hija mia; Dios no interviene en la provision de los destinos públicos: lo seguro es que continuaremos en este estado, empeorando á medida que avance el tiempo, hasta que este ú otro gobierno se acuerde de mí....

—Pues yo no me casé contigo para eso.

—Es decir, que no te has casado conmigo, sino con mi empleo.

—Justo.

—Pues mira, me parece que ya se me va acabando la paciencia, y que vamos á acabar mal.

—Dí que empezamos mal; ya ves, á los dos años de matrimonio ya no tienes sobre qué caerte muerto.

—Eso sí que no es cierto.—¿No ves qué patio tan hermoso tiene esta casa?

—¡Báh! A tí no te da tan fuerte.—Si tú tienes horchata de chufas en las venas.... ¡Jesús! ¡Qué hombre! Otro hubiera minado ya el mundo entero para que le devolvieran su destino; pero tú.... sí, sí.... ¡que si quieres!... ¡Ay! Si yo hubiera sabido quién eras tú....

—Mira, Soledad, no me tientes la paciencia, y tenla tú.... Ya sabes que yo soy un borrego; pero, hija, tú tienes una lengua....

—Nó lo que es á mí no se me ha de quedar nada en el cuerpo.—Tú eres un pelagatos.

—¡Cómo pelagatos!...

Y un momento despues, grita Soledad: «¡Socorro! ¡Vecinos, que me matan!»

Yo no puedo dejar de cumplir el deber que la humanidad impone á todo hombre de amparar y defender al débil contra el fuerte, y subo al piso tercero, á cuya puerta encuentro casi toda la vecindad, alarmada con aquellos gritos, y temerosa de que el cesante cometa el mas horrible de los crímenes.

Tiran mis vecinos de la campanilla, sin que se presenten el agresor ni la víctima—(y no es fácil determinar en este caso cuál de los dos es la víctima y cuál el agresor),—y cuando ya hemos decidido enviar aviso al inspector y al juez del distrito, se abre la puerta y aparece Soledad, puesta en jarras y diciendo:

—¿Y qué?... ¿qué hay?—¡Vaya! que no puede uno respirar en su casa sin que todo el mundo venga á curiosear.... ¿Y qué?... Hemos tenido unas palabras mi marido y yo, y él me halevantado la mano.... ¿Y qué?... ¡Para eso es mi marido!... ¡Pues!

Y cierra la puerta, dejándonos á todos viendo visiones, á pesar de que no la vemos á ella ni á su marido; y despues de emitir cada cual su juicio respecto del carácter de aquella mujer, éntrase cada cual en su habitacion, decididos todos á no intervenir otra vez en las *discusiones* del tal matrimonio.

Vuelvo, pues, á mi drama, formalmente resuelto á no distraerme, y para lograrlo, me traslado á la sala, que está bastante léjos del patio.—Acabo de mojar la

pluma por la milésima vez, y ya he podido escribir un verso completo, cuando al dirigir la vista involuntariamente á la fachada de la casa de enfrente, distingo en el balcon del piso principal el más hechicero rostro de la presente edad, perteneciente á cierta jóven, á quien hace el oso toda la parte masculina de Madrid. La niña está colocada entre las dos hojas de la persiana, y una vez hace gestos mirando á la derecha, y otras los hace mirando á la izquierda, demostrando bien claramente que en la calle, á derecha é izquierda, hay cosas ó personas que le llaman la atencion.

La maldita curiosidad me saca al balcon, deseoso de ser testigo del juego de aquella niña, y me entretengo honestamente viendo cómo le hacen el oso dos jóvenes del tenor siguiente, que delante de los balcones de la señorita lucen sus gracias y apostura; pero uno de los dos, que debe ser más avisado que el otro, ha comprendido sin duda que no es él el único sitiador de la plaza, y que el otro se cree con derecho igual, y resueltamente se acerca á su rival, y entre los dos se entabla un caloroso diálogo, que termina dándose las manos los personajes y retirándose cada uno por su lado, despues de haber decidido seguramente que el plomo ó el hierro decidan quién es el más guapo y digno de merecer el amor de aquella niña, que, al ver juntos á los dos competidores, se ha retirado avergonzada y confusa, y probablemente á hacer la visita á un tercero, que tiene sobre los otros dos la ventaja de entrar en la casa, etcétera, etcétera.

El dia está muy bueno, y á mí me distrae grandemente ver la gente que pasa por la calle, tanto, que me

olvido del padre y la hija de mi drama, divertido con las travesuras de un mono conducido por un partidario de la unidad italiana: el animalito sube á los balcones con gran agilidad, y los vecinos le acarician y le regalan, y él se relame de gusto y se muestra en extremo agradecido. Llega el mono á mi balcon, y yo le sirvo algunos terrones de azúcar, que se engulle muy gravemente, y algunas monedas que él mismo arroja al italiano del organillo, como quien quiere hacer ver que el dinero no le inspira otra cosa que profundo desden.

—Y en estas reflexiones filosóficas comienzo á engolfarme, cuando veo con asombro que el mono salta dentro de la sala, y que una gata de Angola que yo tengo se arroja sobre el y le arrima unos cuantos arañazos: irritado el mico, se defiende de la gata valientemente; y yo, que sufro presenciando aquella escena de horror, cojo un palo y comienzo á aplicarlo á los combatientes, con lo cual el mono huye por el balcon, y la gata se tira á mí, y me pone la cara como un mapa-mundi, y gracias que no se queda con mis ojos entre las uñas.

Desesperado, cierro herméticamente balcones y ventanas, enciendo una vela, y me dispongo á trabajar, haciendo completa abstraccion de la sociedad y de todo el mundo. Pero mi criado, que abre á todas las señoras que se presentan á la puerta, y me niega siempre á todos los caballeros, poniéndome así algunas veces en graves conflictos, introduce en mi despacho ¿á quién dirán VV? á la vecina del piso tercero, á la mujer de cesante, á quien éste tuvo, como han visto VV., que llamar al orden, aplicándole algun bastonazo ó cosa por el estilo.

—Perdóneme V., me dice, si le molesto, vecino, pero vengo á que V. me aconseje.

Una mujer guapa que pide consejos es digna de toda consideracion, y todo caballero tiene el deber de amparar y defender á las pobres mujeres, me digo yo, olvidando mi drama para consagrar toda mi inteligencia á la cuestion que aquella señora va á presentarme.

—Mire V., me han dicho que V. es abogado, y yo quiero aconsejarme de V. para que me diga lo que he de hacer con mi marido. Ya lo sabe V., vecino, es muy bruto, y yo no quiero hacer vida con él; es decir, que yo quiero que se vaya bendito de Dios, y que me deje en paz, pero por supuesto, pasándome los alimentos, porque ya ve V., yo no tengo aquí familia, porque mi madre está en Chiclana con mi hermana, que está casada allí con un propietario, y aquí solo tengo una tia que tiene casa de empeños, y que no me tendria en su casa sino con su cuenta y razon, porque ya ve V., en estos tiempos, nadie hace un favor sino por la cuenta que le tiene, y á nadie le gusta que se le arrime otro.

—Pues como digo, yo quiero divorciarme, porque ya mi marido y yo no podemos vivir en paz aunque lo mande la bula, porque mire V., cuando le veo, se me representa el mismísimo demonio, y en fin, que no puede ser.... porque como en casa comienza á faltar hasta la gracia de Dios.... y no hay que darle vueltas, donde no hay harina, todo es mohina.... y ya me entiende V.... Conque hágame V. el favor de decirme lo que he de hacer para....

En esto oigo la voz de mi criado, que grita: «¡Socorro!» y cuando voy á salir á enterarme de lo que

ocurre, veo que entra en la sala echando chispas el marido de la señora del divorcio, que no sé por quién ha averiguado que estaba allí.—Figúrense VV. la que se arma; la señora grita y se desmaya; el macido se enfurece y me amenaza, yo cojo una silla y le abro la cabeza, y, como es consiguiente, bajan y suben los vecinos, se llama á los agentes de policia, y se quiere que yo vaya á concluir la escena de mi drama en el Saladero.

Gracias á la intervencion de algunas personas razonables, y despues de las explicaciones convenientes, se aplaca el marido, vuelve en sí la esposa, y quedo solo otra vez.

Despues de un dia como este, es imposible que yo escriba una línea.

Lo dejaré para mañana.

Si lo permite la vecindad.

Un año hace que estoy dejando para mañana la escena entre el padre y la hija de mi famoso drama.

XXIII.

En el pueblo.

I.

Figúrense VV. un pueblo pequeño, á regular distancia de Madrid, con sus casas desiguales, unas blancas, otras negras, otras coloradas, con su iglesia y su campanario; un pueblo donde viven de lo que comen doscientos vecinos, que todos se conocen y se saben de memoria, con su alcalde, y su ayuntamiento, y su alguacil,—que es sobrino del alcalde, que es hermano del boticario, que es yerno del sacristan, que es tío del cartero, que es nieto de la estanquera,—un pueblo, que quien llegue á él á las doce del día puede suponer que está desierto, porque no encuentra alma viviente, y solo entrando pueblo adentro se convence de su error, porque ve en medio de la calle, jugando en mitad del arroyo, un chico gordo, negro, sanote, á quien no le falta para ser Adan en el paraiso,—ántes de la broma de la costilla,—mas que el paraiso y la estatura;

está completamente desnudo, se ocupa en hacer montoncitos de barro, sin saber por qué ni para qué, y en esta operacion le sorprenderia la edad de entrar en quintas, si de la casa de enfrente no saliera una mujer sana y coloradota, con otro chico en brazos, vestido con arreglo al figurin de su hermano, la cual, viéndole entretenido en tan inocente tarea, se le acerca cautelosamente y le administra algunas manotadas, con lo que el chiquillo comienza á llorar á lágrima viva y á grito pelado, con lo que de la casa inmediata sale otra mujer á preguntar á la otra por qué pega al infante, dando esta circunstancia ocasion á un curioso diálogo entre las dos mujeres acerca de lo que los chicos dan que hacer, y de la ropa que destrozan, y de la desgracia que es haber nacido mujer, y hablando, hablando, viene á recaer la conversacion en las cualidades que distinguen á los esposos respectivos de las dos vecinas, que por aquello de que—¿á dónde irá el buey que no are?—están á aquella hora en el campo arando, mientras sus cariñosas esposas se las hán con los chicos, que son de la piel del demonio, cuya piel no honra mucho que digamos á los padres ni á las madres.

Miren VV. hácia aquella otra casa próxima, y descubrirán, detrás de la cortina de una ventana, el semblante moreno, tostado del sol, de una vecina que está oyendo la conversacion de las dos mujeres, que no hablarian, á pesar de ser mujeres, si supieran que las espía aquella compatriota, que es la enredadora, la comprometedora, como ellas dicen, del pueblo, la que cuenta lo que oye y lo que no oye, lo que ve y lo que no ve, sin más objeto que satisfacer el odio que tiene

á las casadas, porque se han casado, y á las solteras porque se casarán, mientras ella no encuentra quien la diga que se pudra por ninguna parte, desde que estuvo para casarse con el que se casó luego con la madre del niño que hemos visto vestido como Adán, por lo cual ha jurado odio mortal á este matrimonio, y con sus cuentos y chismes ha logrado más de una vez que el marido siente á la mujer la mano, y aun el palo, dando que hacer al alcalde, que ha tenido que usar de su autoridad, al cura, que por caridad ha tenido que dirigir severas amonestaciones á los dos cónyuges, y al médico titular del pueblo, que ha debido emplear su ciencia en curar alguna que otra contusion y varios arañazos. La *Chata*, como la llaman en el pueblo, por la sencilla razon de que tiene las narices cortas y remangadas, está oyendo para repetir despues, con el aumento correspondiente, á su antiguo infiel amante, las apreciaciones que acerca de sus cualidades morales ha hecho su mujer en el seno de la confianza y la amistad.

Y ya que hemos entrado en el pueblo, sigan VV. conmigo y veremos lo que haya que ver, que no será mucho, pero será algo.

Veán VV. aquel hombre gordo, bajo, que hace veinte años ó más que no se ve las piernas, porque se lo impide lo abultado de su vientre, vientre sin rival hoy en el mundo, porque el único rival que tuvo fué el del famoso caballo de Troya, que ya no existe. Este apreciable ciudadano está sentado en un banco á la puerta de su casa, y se ocupa en mirar el reló de la torre, porque no ha podido aun comprender cómo puede

ser que el reló ande sin moverse de aquel sitio, y no hay quien le quite de la cabeza que el sacristan es el que da las horas en la campana. Este hombre es natural del pueblo: en aquella casa á cuya puerta está sentado, nació su abuelo, y allí ha nacido su padre, y allí ha nacido él, y allí han muerto aquellos, y allí morirá él; no ha visto más mundo que su pueblo, porque ni siquiera cayó quinto, ni los habitantes de aquel rincón de España tuvieron que perseguir á los carlistas, ni que huir del cólera-morbo, que los respetó; ha oído hablar de Madrid y de la Puerta del Sol; sabe, porque se lo han dicho, que hay ferro-carriles y telégrafo, que en pocas horas se recorre mucho terreno, y que en pocos minutos saluda un rey á otro, despues de almorzar, aunque se hallen separados por muchas leguas. Este hombre, en Madrid, hubiera llegado á ministro, ó á capitalista; en el pueblo ha llegado á ser, ha sido siempre un hombre feliz, que es mejor que ser capitalista ó ministro; ha tenido buena salud, ha sentido amor y lo ha inspirado; su mujer, que ya murió, no le dió más disgusto que morirse,—con lo cual queda probado que fué un marido completamente dichoso;—ha hecho mucho bien á todo el mundo, que para él su pueblo es todo el mundo; no sabe lo que es Bolsa, ni siquiera lo que es Constitucion; le han querido hacer alcalde, y ha renunciado el cargo, por creer que es superior á sus fuerzas,—¡hoy que el hombre de ménos peso y ménos seso se cree con fuerzas para gobernar el mundo entero!—y sin embargo, este hombre es tenido en el pueblo en opinion de sábio, y lo es en efecto, porque siempre tiene un buen consejo, recto y seguro.

para el jóven, un consuelo para el desgraciado, un ejemplo de amor para los matrimonios mal avenidos, una limosna para el pobre y una caricia para los niños. Cuando muera, todo el pueblo llorará su muerte, todos los padres evocarán su memoria para ejemplo de sus hijos, y todas las madres desearán para sus hijas un hombre tan bueno como él, salvo el vientre, con el que tiene un embarazo perpétuo. Más allá, á la puerta de una tienda, está sentado, leyendo *El tigre del Maestrazgo* ú otra obra moral é instructiva por el estilo, un hombre, ni viejo ni jóven, ni guapo ni feo, que viste chaqueta de manga corta, y es nada ménos que el barbero, el que afeita y corta el pelo, y pone sanguijuelas, y hace sangrías á los vecinos, y sufre la rechifla de los muchachos y los desdenes de las mozas, que le consideran un intruso en aquellos dominios, porque procede de la capital de la provincia, y porque eso de andar siempre con las manos en las barbas y en las sanguijuelas, es ocupacion incompatible con el amor, cosa que á él le irrita sobremanera, y le hace renegar de su oficio, que le priva de las dulzuras del amor y de sus consecuencias, que tan fácilmente pueden ser dulces como amargas. Por eso se dedica á la lectura, porque él, que va teniendo ya puntas de filósofo, ha oido decir que un libro es el mejor amigo. Si él tuviera el dinero suficiente para venir á Madrid, no afeitaria más á aquellos vecinos, á quienes sirve humildemente y desprecia allá en el fondo de su corazon; pero el dinero miserable que gana se lo gasta en comer, y ya empieza á creerse condenado á vivir y morir allí ignorado, ya que no ignorante, de todo el mundo, que

Dios sabe lo que pierde con tenerle en aquel destierro olvidado y oscurecido. Y luego, tiene este barbero un vecino que ha sido soldado, y está acribillado á balazos, y es muy bruto, y le ha prometido desollarle vivo, sin otro motivo que la oposicion que le hace cuando el veterano cuenta sus hechos de armas y recuerda las fechas de las batallas en que se encontró; porque como el pobre barbero cree á puño cerrado lo que cuentan *El tigre del Maestrazgo* y otras novelas históricas contemporáneas, y todo lo que cuentan estos libros de infantería es falso, segun el antiguo soldado, sucede que uno sosteniendo lo que vió y otro afirmando lo que ha leído, no pueden estar jamás de acuerdo; y tantas cuestiones han tenido ya, y tantas veces ha asegurado el guerrero que va á abrir en canal al barbero, que aunque éste es hombre de armas tomar, porque toma todos los dias la navaja, teme que á cualquier hora le arrime aquel un garrotazo. Si el soldado no se afeitara solo, no le temeria el barbero, porque un barbero no teme nunca á la persona de cuya vida dispone tan cómodamente. Las amenazas del soldado tambien le perjudican mucho á los ojos de las mozas, que no gustan generalmente de hombres cobardes, y ya le llaman collon y gallina, siendo esta opinion de las mozas poco equitativa, porque verdaderamente quienes no se atreven con él son ellas, que él ya se atreveria con ellas de buena gana.

Pero aquí viene el alcalde, que sale del ayuntamiento constitucional de despachar los asuntos urgentes, y el alguacil, que va á colocar un bando en el sitio de costumbre. El alcalde acaba de recibir *La Corres-*

pondencia de diez días ántes, que con esta y aun con ménos celeridad llegan los periódicos á los pueblos, cuando no se quedan en el camino, y se dirige á su casa, á su gabinete de estudio, que es el zaguan de la casa, donde se sienta y se pone á leer *La Correspondencia* con toda su alma, porque *La Correspondencia* en un pueblo es un oráculo, una pitonisa, un tesoro, un consuelo, porque todo lo que dice se cree como artículo de fé, porque desde la primera línea hasta el último anuncio se devora con fruicion, saboreando y comentando cada noticia, cada palabra. Si *La Correspondencia* dice que el gobierno es muy bueno,—y eso lo dice siempre,—no hay duda que el gobierno es bueno; si dice que Fulano es un sábio, capaz sería el lector de sostenerlo tambien, á pié ó á caballo, contra cualquier follon malandrin que lo negara.—Y luego, ¡con qué regocijo, con qué superioridad comunican los suscritores á los que no lo son las noticias que trae *La Correspondencia*, para lo cual la leen dos ó tres veces, con objeto de que se es queden en la memoria! Suele suceder que el boticario está suscrito al *Imparcial*, y el maestro de escuela á otro periódico, y al secretario del ayuntamiento le manda otro un hijo suyo, que está en Madrid de redator, segun él dice, y lo que redacta es el nombre de los suscritores en las fajas con que se dirigen los periódicos á provincias; y como cada periódico tiene distintas ideas, y *El Imparcial* desmiente á *La Correspondencia*, y *La Correspondencia* á los otros periódicos, y los otros periódicos se hacen la oposicion, y solo están acordes en hacérsela á *La Correspondencia*, y cada lector cree que lo hue-

no, lo útil, lo cierto y lo indiscutible es lo que dice su periódico, se reproducen entre los cuatro las polémicas de los cuatro diarios, polémicas en que se acaba por no usar el lenguaje cortés y mesurado que usa la prensa, sino otro lenguaje más enérgico y contundente, escena que se repite muchas veces, y que desespera á las mujeres, que no pueden comprender cómo los hombres disputan por las tonterías que dicen los papeles, y se enfadan luego cuando ellas se ponen como ropa de pascua por motivos más formales, como son lo que dijo Fulanita de la hija de la tía Engracia, el gesto que hizo la alcaldesa cuando la boticaria entró el domingo en la iglesia, el hueso que le da siempre á la escribana en la libra de carne la mujer del cortador, nada más que porque aquella no quiso que su marido diera una carta al ordinario para que sacaran de la cárcel de Madrid á un hijo que dicho cortador tiene allí, por haber cortado las narices en riña á un amigo suyo, y otros por el estilo.

Por supuesto que el alcalde, el secretario del ayuntamiento, el boticario y el maestro de escuela, si no fueran hombres formales, contentos con su suerte y estado, caerian acaso bajo el dominio del demonio de la vanidad. ¿Y no saben VV. por qué?—Porque no hay funcionarios públicos á quienes más se mime y considere; porque el hombre político más entallado, es decir, de más talla, escribe y suplica, y se pone á la disposicion, y se encomienda en las manos ó en la vara del alcalde cuando se trata de elecciones, porque al alcalde, al secretario del ayuntamiento, al maestro de escuela y al boticario, remiten prospectos y circulares

las empresas periodísticas solicitando su apoyo, encareciendo su ilustracion y prometiéndoles la defensa de sus derechos. Los prospectos son una de las cosas que más agradan á los vecinos de un pueblo; ellos se suscriben rara vez, pero les halaga extraordinariamente ver un prospecto con su faja, que dice, por ejemplo: «Señor alcalde constitucional de tal parte.—Señor secretario del ayuntamiento constitucional, etc.,» causándoles no poco asombro que haya en Madrid tanta gente que los conozca, como si para dirigir á un alcalde un prospecto hubiera necesidad de saber mas que el pueblo de su autoridad. Hay vecino de algun pueblo que dejará una regular fortuna á sus hijos, dejándoles el papel de prospectos que ha reunido en los últimos veinte años. Pues ¡y manifiestos de candidatos á la diputacion! manifiestos llenos de salud, por lo sano de las doctrinas, y de promesas de felicidad y de elogios á la fé, al patriotismo, á la ilustracion, á la pureza de carácter, ánimo esforzado y virtudes públicas y privadas de los electores; manifiestos llenos de uncion, si no evangélica, política, que es todo lo contrario. Y lo mejor es cuando el candidato á la diputacion, ó los candidatos, que suele haber dos, y tres, y hasta cuatro, acuden á preparar el terreno, á influir en el ánimo de los electores, y por último, á presenciar la lucha que ha de llevarles al templo de las leyes ó ha de exponerles á una vergonzosa derrota, aunque verdaderamente en estas luchas electorales no hay derrota para el vencido, porque para el vencido siempre ha sido la eleccion ilegal, y siempre asegura muy formal, hasta en comunicados á los periódicos, que tiene su conciencia tranquila, y

que lo que otros llamarán su derrota es su mayor triunfo, pues bien claramente se ha manifestado la voluntad de los electores, y siempre se apresura á dar á éstos las gracias, y de buena gana les daría de palos por haberle demostrado tantas simpatías, y se despide de ellos prometiéndoles que vendrán tiempos mejores en que ellos le votarán y él será votado, con lo cual se viene el candidato vencido, muy satisfecho al parecer, pero rabiando de celos aparte, proclamando que el gobierno le ha combatido con toda clase de armas vedadas,—sin duda con navajas de Albacete.—y sintiendo en su conciencia que los electores no le han querido votar.

Y aquí descansaremos los lectores y yo, para continuar en el siguiente capítulo recorriendo el pueblo á que han tenido la bondad de acompañarme.

II.

Ya que han descansado VV. y yo tambien, seguiremos visitando este famoso pueblo, al que no ha traído todavía la civilizacion ninguno de sus adelantos, ni tampoco ninguno de sus dislates y ninguno de sus peligros, y en el cual aun puede que haya quien crea que hay en Madrid aquellos magníficos batallones de realistas que tanto se lucieron ántes de que este servidor de VV. viniera al mundo. Dejaremos al alcalde embebecido en la lectura de *La Correspondencia*, enterándose de las sábias disposiciones que adopta su compañero el alcalde-corregidor de Madrid, con objeto de adoptarlas tambien él, si le parecen convenientes, para poner

el pueblo á la altura de las necesidades del siglo, y ponerse él á la del alcalde de los alcaldes, que para él lo es el que ejerce este cargo en la córte de las Españas, y nos entraremos por aquella calle, cuya pendiente no dejaria de hacer deplorable efecto en los naturales de Madrid, que, á pesar de tantas Constituciones como han tenido á su disposicion, no tienen por desgracia la fuerte y robusta constitucion de los vecinos del pueblo. Como con nosotros vienen algunas señoras,—que es muy tonto ir hombres solos á ninguna parte,—las mujeres del pueblo, que desde los zaguanes ó las ventanas de las casas nos ven pasar, salen al momento llenas de curiosidad á la calle, con objeto de vernos mejor, y sobre todo á las señoras, cuyos vestidos largos, cuyas sombrillas y cuyos sombreros llaman poderosamente su atencion,—como que nunca han visto prendas de ese género,—y en seguida se reunen las vecinas, y no hablan de otra cosa que de los señores que han venido de Madrid, y de cómo van vestidas las señoras, dando á cada prenda un nombre particular, que ellas sustituyen al verdadero, porque éste quizás les es desconocido.

Acaso entre las mozas del pueblo hay alguna en quien el lujo de las señoras de Madrid hace una impresion profunda, y no piensa en otra cosa, ni con otra cosa sueña, y cuando está despierta suspira por aquel lujo, y cuando está dormida se ve magníficamente ataviada y doblemente hermosa, y ve—aunque nunca ha visto cosa parecida en su pueblo—el carruaje que la espera, los caballeros que la rodean en constante adoracion, y luego el teatro iluminado, y en el teatro cien y

cien, que son doscientos, caballeros, que á un mismo tiempo la asestan los gemelos, y á su lado, amable, elegante, derretido, el mejor y más caballero de todos, y luego el salon esplendoroso, donde al compás de la música van bailando como demonios cien doncellas, que no son aquellas del tributo, y otros tantos galanes, que el que ménos tiene pretensiones de ministro plenipotenciario; y ella se ve en medio de aquella brillante concurrencia, admirada de todos y más hermosa que todas....

Quizá desde el dia que ve á las señoras de Madrid comienza la pobre á entristecerse, á llorar cuando está sola y enferma, y languidece, y acaso se muere, sin saber á punto fijo lo que deseaba en el mundo. Y esto es tal vez preferible á que por satisfacer su deseo, llegue un dia á dejar el pueblo donde nació y venga á Madrid, donde acaso, acaso encuentre la realidad de alguno de sus sueños, y, lo que es peor, las tristísimas consecuencias de esta realidad.

Los mozos ven pasar á los señores, no con envidia, que no envidian ellos las botas apretadas y el ridículo sombrero que nosotros usamos, sino con enojo, con un enojo que es absurdo, pero que es, sin embargo, porque á los mozos de los pueblos les cargan—esta es la palabra que encuentro mas gráfica—los señoritos de Madrid, lo mismo que á los soldados les cargan los paisanos, á cuya clase han pertenecido ántes de entrar en la milicia, y volverán á pertenecer en cuanto tomen la licencia. Esta es una manía, como lo es la de los paletos respecto de los vecinos de la córte, manía injustificable, pero que existe y existirá largo tiempo.

Quizás su antipatía se funda en que, como las mujeres, en el pueblo como en la ciudad, son en general coquetillas, noveleras, y se pagan mucho de la ostentacion y de la galantería, temen que las mozas los comparen con los señoritos, y ellos sean los que pierdan en la comparacion. Y si esto es así, no les falta razon, porque los solteros de Madrid tienen mujeres á montones en que escoger, de todos tamaños y de todos gustos, y si una les hace una perrada, con solo dar media vuelta ya se encontrarán dos docenas de muchachas dispuestas á consolarles y á hacerles rectificar la opinion que del bello sexo hayan podido formar por la mala ventura que les cupo con la última que les dió un desengaño, mientras que los mozos del pueblo tienen que contentarse con una, y si ésta se les echa á perder, no se dan de bruces con otra, así, como quien dice, detrás de la puerta, y además, no es tan fácil en los pueblos andar á la que salta, conquistando corazones, como en Madrid, donde no se sabe en la sala lo que pasa en el portal, ó en la cocina, ó en la escalera, y donde los padres y los maridos tienen muchas cosas de que cuidar, además de sus mujeres y sus hijas,—porque en un pueblo se sabe todo, y los padres y los maridos suelen tener mucho ojo y mucha alma para sacudir un garrotazo ó dos al lucero del alba, si éste da en la gracia de pretender marear á la hija, ó apartar del camino real de la virtud y el matrimonio á la mujer.

Pero dejemos á los mozos y á las mozas que digan, como nosotros, lo que quieran; sigamos nuestro camino, y vamos á ver al médico, que es un pobre hombre pobre, que con cinco ó seis mil reales al año—y pue-

blos hay donde ni aun tanto tiene—ha de mantenerse y mantener á su mujer y á sus hijos; que un médico soltero no está bien mirado en el pueblo, porque ningun padre y ningun marido creerian estar seguros de él, aunque yo creo que lo estarian por muy calavera que fuese el medico; el médico del pueblo tiene que ser por cinco ó seis mil reales, además de médico, un gran político; y digo gran político, porque ha de tener la habilidad de ser del partido del alcalde con el alcalde, y del partido del cura con el cura, y de todos los partidos, en fin, que tengan algun representante y defensor en el pueblo. Con este sistema medran en Madrid los grandes políticos; pero el médico lo más que puede conseguir es evitar malas voluntades, temibles porque son de las personas influyentes del pueblo; tiene que ser tambien un gran diplomático, más diplomático que el mismísimo Metternich, y más astuto que el famoso Bismark. No está, por desgracia, tan considerado como debiera el médico de partido, y no se le recompensa dignamente la abnegacion que necesita, y que en muchos casos llega hasta la heroicidad, y los disgustos que le ocasionan las preocupaciones y la maledicencia, y solo le da fuerzas para sufrirlo todo la conciencia de que todo lo hace en beneficio de la humanidad. La ingratitud es el vicio más fuertemente arraigado en el corazon del hombre, y no me dejará mentir ningun médico de pueblo, que el más querido, el más considerado tendrá que contar seguramente algun bárbaro ejemplo de ingratitud de que ha sido víctima en el pueblo.

Yo, si fuera médico, no sé si tendria la virtud de serlo en un pueblo; no me parece que sería capaz, des-

pues de largos años de estudio y de grandes desembolsos, de ir á encerrarme en un pueblo y á sufrir las ingratitudes y humillaciones que le guardan desde el alcalde hasta el último vecino.

¿Quién es aquel hombre de rostro bondadoso, reposado y filosófico andar, que viene por aquella otra calle? Es otra víctima: es el maestro de escuela otro servidor del pueblo, que tiene la obligacion de enseñar á leer, escribir y contar á todo el que quiera saber estos tres precisos rudimentos, que hay muchos que ni los quieren saber, ni, segun dicen, les hace falta, y por este servicio gana algo ménos, bastante ménos de lo que gana en Madrid un portero de cualquiera dependencia del Estado, que además de las consideraciones y preeminencias que goza, y de la importancia que él se da, y del trato—que tambien vale esto algo—que tiene con hombres públicos de todas tallas y pretendientes de todo género, que para llegar al ministro lo primero que han de hacer es captarse las simpatías é interesar el corazon, de suyo grande y magnánimo, del portero, disfruta, entre otras ventajas, la de tener casa en el mismo edificio de la oficina, en el sitio más céntrico, y siempre á su disposicion velas, azucarillos, leña y otros artículos de gran utilidad, y todo esto le permite desahogada y ancha vida, y poner aparte alguna cantidad que, dada á réditos, con garantías que convengan, á viudas, cesantes, retirados, excedentes, jubilados, y aun empleados de corto sueldo, le produce un interés muy bonito, con lo que se va asegurando la tranquilidad para la vejez, que un portero siempre llega á viejo. El maestro de escuela del pue-

blo tiene todas las virtudes en general, y en particular la de la paciencia, que ejercita valientemente todos los días en el desempeño de sus funciones; y en una gran parte de los pueblos se destina á escuela el edificio,—algun nombre se le ha de dar,—más ruinoso y de peores condiciones, por lo que no es extraño, y más de una vez ha sucedido que á lo mejor se venga la casa abajo y haga una tortilla á las pobres criaturas y al maestro, que luego que han muerto encuentran simpatías en todos los corazones, y ántes de suceder la catástrofe no han encontrado quien les haga la caridad de salvarlos de un peligro conocido.

El maestro de escuela, si quiere no crearse enemistades, ha de tener la facultad de hacer listo y talento al torpe, desmemoriado y holgazan, porque los padres del chico que no aprende en la escuela, culparán seguramente al maestro, y no al discípulo. Y cuando el chico procede de alguna persona influyente del pueblo, es preciso que, aunque tenga la cabeza más dura que un adoquin, proclame el maestro que Marco Tulio Ciceron se quedaria á su lado tamañito, y que si continúa estudiando con tanto aprovechamiento y tan extraordinaria aplicacion, han de verle sus padres arzobispo, si se dedica á la iglesia, capitán general, si piensa consagrarse al bello ejercicio de las armas, y ministro, si no se dedica á nada. Y los padres de un chico tienen ojeriza á los padres de otro, y si éste sabe ó aprende más que el suyo, la mala voluntad se hace extensiva al maestro de escuela, y en seguida entra aquello de asegurar que el maestro necesita que le enseñen, y que al hijo del tío Guindilla le da premio en

los *desámenes*, porque el susodicho tío Guindilla le *unta* al maestro, y la Guindilla, es decir, la mujer del tío de este nombre es amiga de la maestra, aunque hay quien dice que es más amiga del maestro.

La maestra, la médica, la alcaldesa, la boticaria, la sacristana y el ama del cura, he aquí las seis lenguas del pueblo y del siglo; he aquí las que han de procurar ser amigas siempre y tener iguales gustos é idénticos pareceres, porque si entre éstas seis personas distintas hay rivalidades,—y es muy difícil que no las haya,—van y vienen chismes, y cuentos sin cuento, y conviértese el pueblo en un infierno, y mucho es si al fin y al cabo no se mezclan los maridos en el negocio y se arma la de Dios es Cristo.

Y esto sucede por la más leve y mínima cosa; porque la médica se ha sentado en la iglesia, inadvertidamente por supuesto, en la silla de la alcaldesa, que es más bonita que la suya,—la silla,—y tiene brazos,—la silla;—porque a la alcaldesa le gusta mucho la comodidad; porque la boticaria ha dicho que el ama del cura tiene más vanidad que D. Rodrigo en la horca; porque la sacristana se ha metido á averiguar la vida de la maestra, y ha [averiguado que su padre estuvo preso en Madrid por no haber querido gritar «¡viva el rey absoluto!» cosa que favorece muy en poco al padre, y á la hija y á toda la parentela, en el concepto de la sacristana, á quien agrada extraordinariamente el absolutismo en los reyes, y sobre todo, en las sacristanas.

Por supuesto que cada pueblo, como cada hombre, tiene sus costumbres, sus vicios, sus preocupaciones;

pero hay dos vicios que son de todos los pueblos; la murmuracion y la curiosidad, no de saber lo que pasa en el mundo, sino lo que pasa, ó más bien, lo que no pasa en el pueblo. Y como estos dos vicios se ejercen en un estrecho círculo, no hay quien se libre de sus efectos, y hay en el pueblo una guerra interior, de la que ningun bien puede resultar.

Nada he dicho de la primera, de la más importante persona de un pueblo, del cura; no ha sido olvido seguramente; es que no he querido mezclar al cura en las cuestiones políticas ni electorales, ni en las murmuraciones, envidias, intriguillas y pequeñas miserias que aquejan á los honrados vecinos del pueblo, que en verdad no tienen más vicios ni más ridiculeces que los vecinos de la córte, ni son capaces de tan ruines pensamientos como los que vivimos en esta atmósfera, impregnada de ambiciones y grandes miserias.

El cura de un pueblo es el padre, es la providencia de todo el que sufre, de todo el que sin consuelo vive en el mundo; el cura de un pueblo, si ha de ejercer dignamente y con provecho su sagrado ministerio, ha de reunir en sí mismo todas las virtudes, y ha de ejercitarlas todas, que el buen ejemplo es lo que más seduce los corazones sencillos de los aldeanos; ha de tener suficiente talento para hacerse superior á todas las preocupaciones y á todas las aprensiones de los pueblos, y ha de conocer perfectamente el corazon de cada uno de sus feligreses, y ha de darles lecciones prácticas de humildad y amor al prójimo.

Quien todo esto hace sin recompensa mundana,

sin otro premio que la tranquilidad de su conciencia y la convicción de hacer bien,—que es por cierto satisfacción superior á todas las que se fundan en la vanidad y en la riqueza,—no puede ser un hombre vulgar, capaz de dar abrigo en su corazón á ninguna de las miserables pasiones que dominan á los humanos, porque si lo fuera, no sufriría con evangélica mansedumbre las calumnias, los odios de que suele ser objeto, que por desgracia, para vergüenza de la civilización, hay muchos ejemplos de estas calumnias y de éstos odios. Yo admiro y respeto á estos hombres que ven en el enemigo el hermano, y cuya misión en el mundo es la paz y el consuelo, y que, olvidados de sí mismos, cifran toda su felicidad en la pobreza y en el amor al prójimo.

Y como ya empieza á anoecer, y el sobrino del tío *Guindilla* nos está esperando con el carrito para las señoras, y los mulos para nosotros, con objeto de llevarnos á otro pueblo donde hemos de hallar más cómodo medio de trasladarnos á la corte, pondré fin á este imperfecto boceto de costumbres.

XXIV.

Matrimonios mal avenidos.

Lector, ¿eres casado?

Dispénsame que te dirija una pregunta que se dirige á los loros.

Pero tratándose en este artículo de matrimonios, y de matrimonios mal avenidos, la pregunta está muy en su lugar.

Si eres casado, mis observaciones podrán serte de alguna utilidad, y tengo la pretension,—por más que me taches de inmodesto,—de que casado ó soltero, has de convenir en que no me falta razon en lo que diré acerca de los matrimonios, ni carece este artículo de oportunidad.

Todos recordamos el horrible asesinato de una pobre señora, que murió á manos de un asesino pagado, en medio de la calle, y en presencia de sus dos hijas, pobres ángeles que nunca podrán apartar de su imaginacion el horrible espectáculo de la muerte de

su madre; algun tiempo despues nos estremeció la narracion de otro ascinato, cometido en la persona de otra señora por una criada que comia el pan de la pobre señora.

No deja de haber analogía entre uno y otro crimen. Ambas eran casadas, y ambas vivian separadas de sus maridos.

Esta circunstancia es para el hombre pensador la base de infinitas deducciones, que pueden reasumirse en esta:— «Vivir separados dos esposos, es, no solo una falta de moral, un escandaloso ejemplo, sino tambien un peligro constante, y el origen de conflictos que pueden ser de funestísimas consecuencias.»

Podria citar muchísimos ejemplos de estos conflictos en todas las épocas y en todos los paises, para probar la verdad de mi aserto; pero creyendo que el lector no ha de poner en duda esa verdad, voy al objeto principal de este artículo, que, si no es gracioso, podra ser útil, que es mejor,

Hemos llegado á tal grado, á tal extremo de civilizacion, despreocupacion ó desvergüenza, que á nadie extraña ya que D. Fulano no viva con la mujer que él mismo se escogió entre la infinidad de mujeres que hay por esos mundos, ó si no se la escogió él, la tomó, siendo así que ningun fiel cristiano está obligado á tomar más mujer que la que le parece mejor.

No porque D. Fulano no viva con su mujer, dejará de ser D. Fulano un hombre bien mirado, puede que mejor mirado porque va solo, capaz de ser todo lo que hay que ser en el mundo, y á quien, sin asom-

bro de nadie, se le confia el mejor dia la moralidad y enseñanza del pueblo, ó se le ve encaramado en un ministerio.

Hay, por desgracia, mujeres que se olvidan de su deber; pero preciso es confesar, en honor de la verdad y de las mujeres, que los hombres, los más fuertes, los que más juicio y reflexion tienen ó deben tener, son los que se olvidan más frecuentemente, alentados sin duda por el ejemplo, por la impunidad que encuentran en la sociedad, y porque fácilmente hallan cómplices que aplaudan y exploten su inmoralidad y el abandono en que dejan á la esposa, que tiene derecho á todo su amor, á todo su cuidado y á su buena ó mala suerte.

A estos hombres inmorales que, con livianos pretextos, sin razon plausible ninguna, buscan otro hogar que el que ellos mismos se hicieron, cuando prometieron amor y fidelidad á sus mujeres, se les abren todas las puertas lo mismo que á los hombres celosos de su decoro, que viven sin escándalo, prosáicamente, en compañía de la esposa honrada y virtuosa.

Un ladron es un peligro para la sociedad, y la sociedad lo separa de su seno cuando en ella se introduce; pues uno de esos hombres casados, que no cumplen la obligacion sagrada que han contraido, y que hacen alarde de sus devaneos, es un peligro para la sociedad, lo mismo que lo es el ladron, y con este no peligrá mas que el dinero y acaso la vida, pero con el hombre inmoral, con el marido separado de su mujer, peligran la honra y la tranquilidad de las familias.

Estos matrimonios mal avenidos, queriendo librar-

se de la pesada carga del matrimonio, se exponen á mil percances, y se encuentran con otras cargas que son más pesadas acaso que la que han querido sacudirse de encima, y muchas veces las consecuencias de la separacion llegan hasta desgracias irremediables, y tremendas catástrofes, que hubiéranse evitado si la esposa y el esposo hubieran tenido suficiente reflexion para transigir en cuestiones de carácter, y suficiente energía para tener paciencia, y hacer su estado, si no dichoso, por lo ménos tranquilo y decoroso.

La desigualdad de edades, la diferencia de fortuna suelen ser origen de muchas desgracias en los matrimonios, y por esto, nunca será bastante lo que se haga para hacer comprender á los padres cuánto importa la vigilancia que deben ejercer respecto de las relaciones y amistades que sus hijos contraigan.

Los matrimonios por amor, los que se hacen en el *cuarto de hora tonto*, como decia mi abuela, no suelen ser más afortunados. El amor, que es una felicidad, pasa pronto, acaba pronto, como todas las felicidades, y cuando acaba el amor y no queda la amistad en los matrimonios, bien pueden considerarse infelices ella y él, si él es un hombre capaz de olvidar sus deberes, y ella no es mujer capaz de conquistar el amor del esposo á fuerza de dulzura, cuidado y abnegacion, que si es una mujer capaz de este milagro y él no se consagra al fin á su mujer por completo, y busca distracciones y aventuras fuera del hogar honrado, bien puede decirse que es un villano, aunque ocupe la mejor posicion y sea tenido por sábio, virtuoso y prototipo de moralidad y religiosidad.

De mil matrimonios por interés, la casualidad hace uno bueno; los demás son todos infiernos abreviados, que espantarían al hombre más curado de espanto, si pudiera penetrar sus misterios y leer en la imaginación de los contrayentes.

Las mujeres, perdónenme que se lo diga, suelen tener cierta prisa por llegar á la boda, y cada una que llega á este término, ó más bien á este principio, ántes que otra, cree que ha logrado un triunfo, mayor que el de un general que, con reducidas fuerzas, se apodera de una plaza guarnecida y defendida por numeroso ejército. Este triunfo suele costarles luego muchas lágrimas y muchas ilusiones.

Los hombres tienen ménos prisa por casarse, generalmente, pero les llega un día en que se encuentran casados sin saber cómo ni cuándo, y no siempre se conforman con el destino, cuando advierten que han hecho un solemne disparate.

La educación que se da á las mujeres suele producir desgraciado fruto cuando llegan al matrimonio, y es en muchísimos casos origen de lamentables desgracias.

Los padres que crean haber hecho por sus hijas todo lo que debían hacer con cuidarlas amorosamente, y no contrariarlas nunca, y hacer lucir su belleza con todo lo que la moda inventa de más caprichoso y elegante, habrán hecho muy poco, si no las educan convenientemente para la vida del matrimonio, si no las hacen comprender que al lujo, y á la ostentación, y á los placeres, son preferibles en muchas ocasiones la honrada pobreza y la oscuridad, y las lágrimas, que

solo cuando son de vergüenza humillan á la mujer.

Los matrimonios mal avenidos son tantos, que en una casa sí y en otra tambien se encuentra alguno.

Entre ellos los hay que son pura comedia, y los hay que son horrible tragedia.

Los primeros viven en constante pelea, en completa discordancia: si ella quiere salir, él no se quiere mover; si él sale, á ella se la llevan los mismos demonios; si ella se queda en casa, él está dado al mismísimo Lucifer; ella le hace la oposicion á él, y él le hace la oposicion á ella; y los dos gritan y se ponen de ropa de pascua, y sin embargo, estos matrimonios rara vez se separan, porque en el fondo de todas estas disensiones hay un poco de amor y un mucho de costumbre.

Los segundos son matrimonios sombríos, tétricos, en los que la lengua no se mueve, pero en los que los malos pensamientos, y los odios y todas las malas pasiones tienen establecidos sus reales. Estos matrimonios suelen presentar la apariencia de la tranquilidad, ya que no la de la felicidad, y al cabo de algun tiempo suelen acabar con un gran escándalo ó con un gran crimen, que es como la estrepitosa bomba que pone fin á las funciones de fuegos artificiales.

Los hombres suelen ser víctimas de las mujeres ajenas, y alguna vez de las propias; pero las mujeres lo son siempre de los hombres en todos los estados de su vida.

Si la educacion de unas y otros fuera otra; si las ideas de religion, moralidad y decoro estuviesen firmemente arraigadas en unas y otros; si no hubiera

tantos escandalosos ejemplos de matrimonios mal avenidos; si la sociedad rechazara, como rechaza al ladrón y al asesino, al hombre manchado con el fango de torpes pasiones y repugnantes vicios, y la lectura á que se aficiona la juventud no fuera la de novelas necias, inverosímiles ya squerosas, aun habria muchos matrimonios felices, y no correrian tanto peligro la honra y la tranquilidad de las familias.

XXV.

El cesante.

La etimología de la palabra *cesante* no ha sido publicada, que yo sepa, y eso que es la más fácil y natural que darse puede.

La palabra *cesante* se compone de las palabras *cesa*, —del verbo *cesar*,—y *ántes*, y quiere decir *empleado que cesa ántes de lo que le conviene ocupar un puesto en la mesa del presu-idem*.

Para no ser cesante no se conoce más que un medio, que consiste en no ser empleado, porque siendo esto, es imposible dejar de ser lo otro á la larga ó á la corta,—y siempre es á la corta para los que comen el sabroso pan del presupuesto, que como todos los bienes de la tierra—habló del país, no del presupuesto,—suele durar breve espacio.

El estado de cesante es un estado interesante,—por lo embarazoso y por lo que interesa,—y reduce á un hombre á la nulidad, porque declarar á un hombre

cesante, es decirle con toda la cortesía posible:—«Caballero, no me sirve V.; haga V. el favor de quitarse de en medio, y viva V. sin comer si puede.»

Esto, que no se le puede decir al zapatero del portal, ni al tachuelero de la esquina, se le dice con los mejores modos al empleado, que siempre es un hombre lleno de pretensiones, y que se cree tan necesario para el presupuesto como necesario es para él el presupuesto.

* Los criados y las criadas que se *desacomodan*, pronto encuentran nuevo acomodo, por recomendación del aguador, por conocimiento con otro individuo del ramo, y en último extremo, por medio de los celosos memorialistas, que, mediante una corta retribución, proporcionan criados á los amos y amos á los criados; pero el cesante, aunque haya algun periódico memorialista, espera indefinidamente el nuevo acomodo, que llega á veces tras largos años de penalidades, y cuando el pretendiente está sin codos, por haberse los comido.

Un periódico ha dicho que en España todos somos empleados ó cesantes. Niego el supuesto: empleado soy yo, por ejemplo, si por empleado se entiende el que se emplea en algo, el que trabaja; pero cesante no lo soy, porque no he sido empleado del gobierno, y la palabra *cesante* se ha inventado para el empleado del gobierno exclusivamente,

Ser empleado es tan honroso como no ser empleado, porque yo creo que el empleado trabaja y gana decorosamente con este trabajo el pan que come, y el que le come su familia; pero ser cesante es una desdi-

cha, y no sufrirla es la ventaja que tiene el que no es empleado sobre el que lo es.

El cesante está condenado á sufrir grandes amarguras sobre la amargura mayor, que es la de no cobrar el sueldo.

En el paseo,—los cesantes se pasean mucho,—en el café, en la calle, en todas partes encuentra el cesante al venturoso mortal que ha ocupado su puesto, y que más tarde será un cesante como él.

Y además de encontrarle en todo sitio, coge un periódico y lee:—«Desde que D. Fulano se ha hecho cargo de tal negociado, se advierten grande actividad y grandes mejoras...» y ese D. Fulano es precisamente el que le ha sustituido.—Busca ansioso un periódico de oposicion, á ver si éste siquiera da la razon y un consuelo al vencido, y lee:—«Ha sido declarado cesante don Fulano, siendo nombrado en su lugar don Zutano. Todo esto nos tiene completamente sin cuidado.»

¡Vean VV. qué palabras de consuelo para un cesante!

Un dia se decide á presentarse al ministro y preguntarle la razon de la sinrazon que con él se ha hecho, recomendándose al propio tiempo á la piedad y sensible corazon del que fué su jefe, ó mejor un Saturno, que no se come los hijos, pero que los deja cesantes, que es peor que si se los comiera, porque los deja sin comer. Se viste lo mejor que puede, y con luto en el alma y llanto en los ojos, penetra en aquel recinto, en aquel paraiso con pupitres y papelotes, y sufre la humillacion de que el portero no le salude, como solia

en otros tiempos, y la de que el celoso funcionario que le ha sustituido le dirija, pasando á su lado, una despreciativa mirada de compasion, y se ponga á tararear aquella vulgarísima cancion:—«No te compongas que ya no irás...» pero todo esto lo olvida cuando, llegando al despacho del ministro, gracias á que le ha abierto paso un amigo, de quien fué su compañero en la *casa*, y que ha tenido la fortuna de no quedar cesante todavía, aunque es seguro que lo quedará un dia ú otro, entra y ve al grande hombre que da y quita los empleos,—que es un ingrato cargo, porque si aquellos á quienes da empleos pocas veces quedan contentos, aquellos á quienes se los quita quedan siempre rabiando aparte,—y la sonrisa franca y amable con que le recibe, y la bondad con que le manda tomar asiento miéntras concluye de escribir una cartita, le llenan de esperanzas, y le hacen hasta perdonar al ministro el golpe que le dió, dejándole cesante, seguro de que lo ha hecho nada más que por su bien, con la intencion de darle mejor empleo, y quizá, como estamos en verano, deseoso de nombrarle con ascenso con destino á las provincias Vascongadas, donde la temperatura es tan agradable y la vida tan deliciosa en la estacion de los calores,—que ya sabe el ministro que está delicadillo, y que el año anterior le pidió licencia para remojarse el cuerpo en San Sebastian, y volvió al cabo de dos meses sano y colorado como una manzana.

Acaba el ministro de escribir la cartita, y con vivísimo interés le pregunta por la salud, y hasta por la de la familia, y le ofrece una *brevé*, que para nuestro cesante es la *brevé* preliminar, si así puede decirse, de

la *brevé* que en forma de credencial desea, y apenas abre la boca el cesante,—que los cesantes abren mucho la boca,—para exponer al ministro su situación, le interrumpe éste, y le dice infinidad de cosas, que así tienen que ver con las pretensiones de mi hombre como con la cuestión de la pobre infeliz Polonia; y en el mismo instante se presenta en el gabinete de S. E. un personaje, y el ministro despide al cesante, dándole la mano, y asegurándole que en cualquier cosa que le ocurra, ya sabe que puede mandar, con lo cual vuelve el pobre hombre á su casa ó á donde tiene por conveniente, con la *brevé* en la boca y sin la *brevé* en el bolsillo.

El cesante, si es hombre apocado y pusilánime, sufre y calla, y se está en su casa, comiéndose lo que tiene, si tiene algo, y espera con la paciencia de un santo que llegue el tiempo de la reparación, que suele no llegar para quien no se mueve y no intriga y no se hace presente á toda hora, que los hombres tenemos la costumbre de no hacer caso maldito del pobrete, que no nos incomoda con sus visitas, ni nos adula, ni se nos pega como una lapa, no dejándonos á sol ni á sombra.

Si, por el contrario, es hombre emprendedor y entremetido, pronto encuentra remedio en su situación, y si no mueve cielo y tierra, hasta conseguir otro empleillo, hace un periódico, funda una sociedad de crédito, se dedica á traducir comedias, ó confecciona un veneno para matar las chinches, y quizá le va mejor que cuando estaba revolviendo expedientes y figuraba en ese precioso documento que se llama la nómina, en

el cual somos tan pocos los que no hemos figurado, y mucho ménos los que no tienen deseo de figurar, siendo este deseo universal una de las causas, ó mejor dicho, la causa de muchos males, que todos VV. conocen perfectísimamente, sin necesidad de que yo los indique.

El cesante, miéntras está en esta situacion, es un hombre que no halla en el mundo nada que le consuele, como no sea la noticia de la cesantía del prójimo, siendo su mayor satisfaccion la caida del ministerio que le dejó á pié.

Ya he dicho que hay un medio de evitar la cesantía, que consiste en no ser empleado.

Pues solo hay otro medio de evitar el deseo de ser empleado, que consiste en dedicarse á cualquiera de las muchas profesiones que hoy ofrecen[al hombre activo y laborioso ancho campo y vida tranquila y modesta, que es quizás más provechosa que la vida de azares que depende del presupuesto, ocasionada á bruscas transiciones, respetando y no disputando sus puestos á los empleados que han servido honrosamente al país y á los gobiernos.

XXVI.

El ministro.

Todo el mundo quiere ser ministro.

Por ser ministro revuelve un hombre cielo y tierra, y no se da momento de reposo, y pierde la salud, y hace malas digestiones, y se espone á un sinnúmero de penalidades, que no conocen VV., los que todavía no han sido ministros.

Verdad es que yo tampoco lo he sido, aunque me siento muy capaz de hacer este sacrificio si llega el caso, que achaque es de esta pícara condicion humana admitir y hasta desear aquello que mas nos ha de perjudicar, y de que más hemos de arrepentirnos despues.—Yo sé que ser ministro es un trabajo, y con él comparados los de Hércules, eran trabajos tan poco penosos y tan llevaderos como asistir á la ópera en el teatro Real, ú oir á un puro *echar* un discurso, ó fumar uno de tres cuartos, de los que el gobierno, que es nuestro padre, nos proporciona para hacernos odiar

el delito y compadecer al delincuente, ó mejor dicho, odiar el cigarro y compadecer al fumador.

V. no es ministro, V. es un caballero particular que vive de lo que puede, que piensa lo que le da la gana, que se arroja V. cuando quiere por la montaña rusa en los campos Elíseos, que hace V., en fin, todo aquello que se le antoja, y que así se acuerda V. de la situación de los pobres polacos, y de la abnegación y desinterés de la soberbia Albion, y del equilibrio europeo, como del primer diente que echó fuera de la boca el amigo Nabucodonosor.

V. tiene primos,—¿quién no los tiene?—pero no le piden á V. nunca nada, á no ser tal cual cigarro, y está V. con ellos en la mejor armonía. Los primos de su mujer de V. ni le ven, ni le oyen, ni le molestan jamás.

V., como le gusta saber lo que pasa, lee V. un periódico, dos periódicos, tres periódicos, todos los que quiere ó puede, y cree V. como artículo de fé todo lo que dicen, y se entusiasma V. con aquellos articulados que traen, hablando de esto y de lo otro, y manifestando clarísimamente el deseo de la felicidad del país, y admira V. qué bien pone la pluma el pícaro del periodista, y con qué tino da en el clavo, y se indigna V. de que á aquel hombre no le llamen en seguida los ministros y le digan:—«Amigo, ahí tiene V. las riendas del poder; conocemos que somos junto á V. unos pelones, que no sabemos dónde está nuestra mano derecha; haga V. y deshaga á su antojo, y Dios guarde á V. muchos años para bien y prosperidad del país.»—Y se rie V. luego como un



descosido, al leer cómo le ponen á un escritor porque es gordo, lo que influye mucho sin duda en las obras que escribe, y qué de cosas le dicen á uno de los ministros porque tiene las narices largas, y porque en su infancia estuvo de monaguillo en su pueblo, y se bebia muy boniticamente el vino que sobra en las vinajeras, con cuyos antecedentes ya conoce V. que no se puede ser buen ministro, y al mismo tiempo se instruye V. grandemente en la estadística de las altas y bajas de la Inclusa y del hospital de San Juan de Dios, y estudia V. perfectísimamente las costumbres contemporáneas en la lectura de las noticias que el periódico ó los periódicos noticieros ofrecen á la insaciable curiosidad del ilustrado público.

V. va al café cuando quiere, se está V. allí las horas muertas haciendo tiempo, que es lo que ménos puede hacerse, y sin embargo, lo que más se hace, tomando el rico café, tan recomendado para excitar el sistema nervioso, y la rica leche calentita, como que hace ocho ó diez horas que está cociendo puesta á la lumbre, ó un sorbete, que tanto lo agradece el pulmon; y fumando un cigarro, y hablando con los amigos, y oyendo contar la vida y milagros de la mujer de Zutano, y la historia de uno á quien acaban de dar un empleo, y otras cosas siempre interesantes, y de las que siempre se saca alguna leccion provechosa; y todo esto, en una atmósfera que no es perjudicial sino porque puede ponerle á V. en buena disposicion para llevarse á su casa la primera ó la segunda pulmonía que pase por la calle buscando en quién emplearse.

V. juega al billar, á los bolos, á la pelota, á lo que

mejor le parece, y se va V. de merienda al Vivero, á la pradera del Corregidor, y el dia de San Isidro echa V. una cana ó dos al aire, y se refocila V. en aquella pradera, y baila, si quiere, y se olvida de las penas de este pícaro mundo, y hace V., en fin, lo que se le antoja, sin que nadie le moteje, y es V. feo impunemente, y bebe V. y come cuando quiere, y tiene V. todos los caprichos y todas las manías, sin que nadie se atreva á meterse con V. ni á ponerse en ridículo públicamente, ni á declarar al mundo por medio de las trompetas de la prensa las faltas y las sobras que en V. se reunen, ni lo que V. dijo hace tiempo en contradiccion evidente con lo que dijo ántes y con lo que ha dicho despues....

Pero sea V. ministro, hágame V. ese favor, y verá V. lo que es bueno.—En primer lugar, tendrá V. que ponerse muy grave, á la altura de la situacion, porque un ministro que estuviera siempre riéndose y bromeando con este y con el otro, y que, si á mano viniera, soltara un piropo á las modistas que se encontrase en la calle, sería un ministro en quien, aunque fuera más sábio que Brijan y tuviera al país como una balsa de aceite, no tendríamos fé maldita; luego le será á V. preciso resignarse á no leer la mitad, mas algunos de los periódicos, porque cogerá V. uno y leerá:—«El señor ministro de tal ramo, es una calamidad para el país»—Y cogerá V. otro, y leerá:—«Hemos conocido hombres ineptos, pero como el ministro de.... no hemos conocido ninguno.»—Y cogerá V. el tercero, y leerá:—«Si el señor ministro de.... no se apresura á dejar el puesto. son incalculables las calamidades que

»caerán sobre el país.»—Y luego, si es V. blando de corazón y le duelen las penas del prójimo, ¡qué de amargas le esperan en esa codiciada posición! ¡qué sin número de padres, con seis hijos el que ménos, acudirán á V. en solicitud de empleo! ¡qué de víctimas de las revoluciones y de los *arreglos* anteriores clamarán por pronta y solemne reparación! ¡qué de señoras de circunstancias le perseguirán á V. pidiéndole destinos para los hijos, sobrinos, parientes, testamentarios y bienhechores! ¡cómo caerá sobre V. la nube de sus parientes, y los de su mujer, y los que le lloverán como del cielo, y los que le saldrán de debajo de la tierra, por todos los sitios por donde V. pase, todos en solicitud de algo, todos entusiasmados con la buena fortuna de V., y codiciando algo parecido á un sueldo, para recordar siempre el oportuno y merecido encumbramiento de su pariente y protector!...

Y al mismo tiempo que todos estos cristianos le piden á V. lugar en la mesa del presupuesto, los que V. se ha encontrado sentados ya á la mesa, no quieren dejar sus puestos, y si V. los mueve, ya puede V. tapiarse los oídos para no oír el clamoreo que se levanta contra V., clamoreo que puede compararse con el que arman las gallinas metidas en una cesta, al ver entrar la siniestra mano que va á sacar de entre ellas dos ó tres víctimas.

Si es V. sastre, solo otro sastre tendrá la pretensión de hacer una levita mejor que V., y si es V. escritor, solo todos los escritores tendrían por seguro que las obras suyas son superiores á las de V.; pero si es V. ministro, todos los que lo hayan sido, y todos los que

no lo hayan sido, todos sus conciudadanos, en fin, crearán, que gobernarían el país con mas gloria que V.

¿Y el peligro que corre V. siendo ministro, de que la política invada su hogar doméstico, y de que su mujer de V. hable de política con la mismísima gravedad que lord Palmerston, y de que su hija le haga á V. la oposicion, aleccionada en la política revolucionaria de su novio, que es un periodista de distinto partido que V?...

¿Y las exigencias del barbero, que, navaja en mano, le pide á V. un portazgo para su padre, y una beca para su hermano, y un estanco para su mujer?...

V. es muy dueño de ser ministro,—eso quisiera V; —pero francamente, me parece que sería mucho mejor que no lo fuera V. para V. y para los demás; para usted, porque siempre es sensible eso de dar gusto á nadie; y para los demás, porque habiendo uno ménos que quiera ser ministro, siempre tendrán los aspirantes una probabilidad más de llegar á esas codiciadas alturas, y un prójimo ménos á quien combatir.

Yo me contentaría, por probar nada más, con ser ministro quince ó veinte años todo lo más, y dejar despues el puesto á quien le deseara, y retirarme con mi experiencia y mis desengaños á ver los toros desde léjos.

DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Como hace tiempo, cuando se iba a imprimir y yo me iba a la imprenta, pero quedaba en los reales que cobro, no ome decir nada por escrito y

XXVII.

Pensamientos.

I.

Estos pensamientos no son esas bonitas flores á que tan aficionadas son las niñas bonitas, y aun las feas, y no son tampoco de la familia del *Pensamiento Español*, periódico que ha dado patria al pensamiento como la *Razon Española* se la dió á la razon,—que no hay quien diga más desatinos que los sábios... Son estos unos pensamientos que he sorprendido asomados á los ojos y á la boca de varios penitentes que andan por este mundo de Madrid.

II.

DE UN EMPLEADO.

Fulano hace dimision, Zutano la hará tambien, y yo me luciria si la hiciera, pero quedarme sin los reales que cobro, no oirme decir *usía* por arriba y

usía por abajo, y por todas partes... es una triste cosa...

—Y luego, ¿á mí qué daño me he hecho yo para que me castigue yo mismo dejándome de mi propio albedrío sin comer?...

—Y ¿por qué he de decir que estoy malo, si en mi vida he tenido mejor salud, si tengo unas fuerzas como un toro, y unas ganas de comer como... un cesante?...

Y además, ¿porque yo haga dimision, la hará mi mujer de su empleo, que consiste en visitar las tiendas y mandarse hacer vestidos, y moños, y pelendengues?... ¡Qué el gobierno piensa así ó asado!... Esa es una tontería... Mientras yo tenga el empleo, el gobierno piensa como yo, y yo como el gobierno.

Dicen que la dignidad aconseja en ciertas ocasiones... Eso sí; pero á un cesante que tiene dignidad y no tiene empleo, no le fian en la tienda, ni le sufre el casero, ni le permiten pasearse por las calles en cueros con toda su familia.

¡Nada! ¡nada! yo me quedo, pero en cuanto sepa que me van á echar, entónces hago dimision, y queda triunfante mi dignidad.

III.

DE UN CESANTE.

¡Qué escándalo! ¡qué país! ¡válgame Dios!

¡Has visto, mujer?... ¡Te acuerdas de aquel que te contaba yo cuando éramos novios, que todos los años le reprobaban?... Pues ahí lo tienes colocado con vein-

te mil reales.... Ya te acordarás de aquel profesor de cirujía menor que vivía en el cuarto tercero de tu casa.... Pues anda, anda, que tiró las lancetas y se metió con la gente gorda, y ahora.... ¡que le pinchen ratas!... Dice que le van á dar un destino.... vamos que el mejor día le vemos desempedrando las calles... con el coche. Y yo entretanto.... ya ves.... que si tú no te hubieras puesto á coser para fuera, no habría dentro de casa ni un hueso que roer.... ¿Qué dices?... ¿que hable á D. Rufino, el que fué testigo de nuestra boda?... Es verdad que está ahora en candelero, pero ya está ese acostumbrado á ser testigo de mi desgracia, y no hará nada por mí. Nada, chica, no tenemos remedio.... me metí en mi rincón, me acobardé, me conformé con mi suerte, y nadie se acuerda de mí.... ¿Me preguntas qué vamos á hacer?... Nada, ¿qué hemos de hacer?... Tú coses para fuera y yo como para dentro... de algún tiempo morirme y descansar... ¿Qué nos van á subir el cuarto?... Anda, que mientras no nos quiten la escalera para poder bajar.... ¡Vamos, no te apures!... que me van á hacer acomodador del Circo del Príncipe Alfonso.... Como no va nadie, no me avergonzaré de ocupar ese empleo....

IV.

DE UN USURERO.

¡Cuánto tengo que hacer mañana!... Juicio de conciliación con la coronela que me ha pedido mil reales, para que declare haber recibido tres mil, y se obligue

á cederme la tercera parte de su paga... Lo que es cuando ella vea la tercera parte, ya habrá llovido y se habrá secado... Ya tengo treinta retenciones, treinta terceras partes que cobrar cada mes... Mañana tambien tengo que ir á que metan en la cárcel á D. Blas... aquí está la escritura de depósito... Y él, que creia que firmaba un simple pagaré... ¡Ya se lo dirán de misas!... Pues mañana tengo que ir tambien á la Junta de la hermandad de las ánimas... Y no dejaré tampoco de ir á ver á aquella chica, que vino á empeñar el otro dia el manton en cincuenta reales... Eso sí, la dí diez reales de más... Con este carácter que tengo, me pierdo... Y es guapa, ¡vaya si es guapa!... Vamos á dormir; ¡qué bueno es no deber nada á nadie y poder dormir con toda tranquilidad y con la conciencia satisfecha!... ¡Y decir que con solos treinta duros que tenia cuando empecé tengo ya unos quince mil... Eso sí, buen trabajo me ha costado reunirlos, pero no se pescan truchas á bragas enjutas.

V.

DE UNA NIÑA.

¡Cómo me quiere Arturo!... ¡y qué guapo es!... Si mamá no quiere que me case con él, me moriré de pena... sin él, no puedo vivir... ¡Qué feliz voy á ser!... ¡pues y él?...

VI.

DE UNA CASADA.

¡Ay! ¡qué razon tenia mi madre!... ¡Cada dia descubro un nuevo vicio en Arturo!... Ya me he quedado sin el aderezo que me regaló mi hermano... Lo ha vendido para jugar... Y esa carta que se le cayó ayer en la escalera, es de una mujer... Y le dice: «¡Mi Arturo!..» ¡Pobre de mí! ¡si mi madre lo supiera, se moriria de pena!... ¡Ay! ¡cuánto daria yo por ser libre como fui!... ¡Qué locura!... Para ser libre es preciso que se muera él... y eso nó, ¡Dios mio!

VII.

DE UN TONTO.

¡La vizcondesa me miraba mucho anoche!... ¡Y qué ojos la echaba la baronesa!... No sé á cuál de las dos me inclinaré... Eso sí, lo que es el cuñado de la vizcondesa es un hombre tan raro... me mira de un modo... El padre de la baronesa es más amable, y es visita de mi mamá... ¡Cuándo me traerá ese sastre el chaleco?... Lo que es en el teatro Real no se va á presentar un chaleco como ese... ¡500 francos me costó el corte!... ¡Hola! ¡una carta!... ¡A qué es de la baronesa?... «¡Querido mio!...—¿No lo dije?—Envíame al momento los veinte napoleones que te presté en Vichy...»— ¡Cómo! ¡la baronesa me ha prestado veinte napoleo-

nes?...—¡Ah! ¡nó! si es Juan, un estudiantillo de medicina, que fué á la escuela conmigo, y que me lo encontré en Vichy, que iba á acompañar á un enfermo... ¡Qué necio!... ¡Parece que está tratando con algun sangrador!.. ¡Qué carta tan franca y tan... ¡Y me pide esa miseria que me prestó!... ¡Qué atrevimiento!... ¡Está uno rodeado de gentuza!

VIII.

DE UN POBRE.

Juan ha hecho dinero... tomando el de los demás; Pedro lo ha ganado... sufriendo toda clase de bajezas y humillaciones. Gil tiene coche, pero en el coche lleva al lado una esposa más vieja que su madre, más fea que un pecado, que no se separa de él, que le abraza y le besa delante de las gentes, y le martiriza en casa, y le echa en cara el coche, y la levita que lleva, y el pan que come, y le ha puesto cien veces á punto de pegarse un tiro. Roque gasta, y triunfa, y figura, y está ródeado de acreedores. Pancracio heredó una gran fortuna, los vicios le han puesto hecho una lástima, hoy no se puede mover, y daría toda su fortuna por tener mi salud.

Yo no tengo mas que él dinero que cambio por lo que como, pero estoy alegre, sano, y nadie me odia ni me persigue.

¡Qué rico es el pobre!

XXVIII.

El vulgo.

Tenemos todos, muchos, mejor dicho, ardiente deseo de distinguirnos, de salir de la oscuridad y rodearnos de todo el prestigio que dan el talento, la riqueza y el poder... Todo lo sacrificamos á este fin; libertad, salud, tranquilidad, amistades de la infancia y amores de la juventud, familia quizás; nuestros amores son la gloria, ó siquiera la reputacion, ó el dinero; es decir, la Bolsa, los negocios, el agiotaje, ó una credencial de embajador. ó una cartera de ministro, ó siquiera un acta—aunque sea un poco sucia,—de diputado á Córtes; ¡ahí es nada! de representante del país, de unos cuantos vecinos que no nos conocen mas que para servirnos, que no saben mas que de oídas si somos tuertos ó derechos, ó buenos, ó malos, ó tontos, ó sabios; de padre de la patria, de persona inviolable, en fin. Y todo esto lo alcanzamos á costa de nuestra vida, de nuestras afecciones, de nuestra dignidad acaso, ó de nuestra conciencia.

Subimos á las alturas de la reputacion ó de la riqueza, ó del ministerio, y desde allí juzgamos pequeños é infelices á los hombres oscuros, sin gloria, sin carrera, que se exponen en los andamios de las casas que edificamos á romperse el bautismo, ó nos visten, ó nos calzan, ó nos sirven, ó nos venden por nuestro dinero lo que comemos y lo que nos comen nuestros amigos y nuestros servidores; y ellos tambien, tambien ellos se juzgan desgraciados cuando se comparan con nosotros, cuando ven los trenes lujosos, magníficos, del marqués ó del capitalista; cuando pagan el alquiler de su habitacion mezquina á un gran usurero, capaz de ahorcarse y de ahorcar, si pudiera, á todos sus inquilinos por un ochavo; cuando ven los preparativos de las fiestas que celebra la aristocracia; cuando los *amigos del pueblo*, los republicanitos, les llenan la cabeza de todos los dislates propios de esta comunion política, que nos quiere hacer comulgar con ruedas de molino...

No saben los hombres oscuros, los hombres del vulgo que nunca ven su nombre impreso, ni *reciben* en su casa á sus amigos y á sus enemigos, ni se oyen calificar jamás de eminentes, distinguidos, sábios, valientes y otra infinidad de adjetivos lisonjeros y aduladores, ni tampoco tienen que sufrir humillaciones, ni desahogos periodísticos, ni se ven en la precision de pedir á nadie cuenta de injurias y calumnias, ni se distraen de sus deberes, ni descuidan la educacion de sus hijos, ni se exponen á atropellar á nadie, porque nunca van en coche, á no ser en tardes de toros ó el dia de San Isidro, ó el dia en que les bautizan ó les

casan; no saben, repito, cuán envidiable es su tranquilidad, cuántos placeres tiene el vulgo, que desconocemos los que no somos ó pretendemos por lo ménos, no ser vulgo; cuántas dulcísimas sensaciones experimenta que nos están vedadas por nuestro estado ó nuestra vanidad; qué sorpresas tan agradables halla en todo, en lo que á nosotros ni nos sorprende, ni nos extraña, ni nos parece siquiera digno de atencion.

Yo envidio al vulgo; yo envidio, más que la propiedad de suntuosos palacios, y magníficos trenes, y costosos vestidos, y títulos y condecoraciones, la alegría, el descuido, la libertad, la tranquila pobreza con que vive el vulgo... el vulgo, que se queda con la boca abierta cuando lee las ardientes polémicas de los periódicos, cuando ve la manera como todos los que no somos vulgo nos afanamos por hacer feliz al pueblo, y darle garantías y derechos, y un sinnúmero de cosas, que él no acaba de entender, y que por lo mismo que no las entiende sino á medias, deben parecerle muy buenas; cuando ve pasar un general con bandas, y cruces, y bordados, y sombrero de tres picos, y seguido de ayudantes y escolta, sério, grave, empaquetado y á la altura de su posicion; cuando se encuentra con el entierro de un personaje, llevado en un carro fúnebre alegóricamente adornado de estátuas y emblemas, seguido de gran número de carruajes, en los que van fumando y hablando de sus negocios y de sus conquistas, y de crisis,—que en España todos los dias se puede hablar de crisis,—muchos amigos del difunto y muchos que nunca le han saludado siquiera; cuando ve, en fin, nuestra vanidad, nuestros vicios, nuestro encumbra-

miento y nuestras caídas, nuestra desfachatez y nuestras contradicciones, nuestras intrigas y nuestros juegos.

Los grandes hombres, los representantes del país, tienen el trabajo y la responsabilidad de hacer leyes y de hacernos á todos felices; el vulgo no tiene más que hacer que obedecer, lo que es mucho más fácil que mandar.

Los escritores se calientan los cascos para deleitar ó instruir, ó instruir y deleitar al vulgo; el vulgo, juez soberano é inflexible, tiene el derecho de mirar con el mayor desden la obra más pretenciosa y el periódico más entonado.

El rico, el banquero, el bolsista, son esclavos de la fortuna: tienen cien mil que les acechen, que les pidan, que les echen la zancadilla, que les aborrezcan, que les atribuyan vicios que tal vez no tienen: el vulgo pobre, que también hay vulgo que no es pobre, no tiene ningún cuidado más que el de vivir, y le es tan indiferente el estado del comercio de Amsterdam, como el de la salud del gran turco.

El ambicioso, el intrigante, el alto empleado, el gran revolucionario, todos los que viven con la mira puesta en la satisfacción de la sed que les aqueja de honores, de dinero, de ascensos, de aura popular, todos se cambiarían por el hombre más oscuro del vulgo, si pudieran sentir los placeres que éste siente, y gozar su tranquilidad, y disfrutar su salud y su alegría.

¿Quién es más feliz? ¿el general que manda fusilar á un soldado enemigo, ó el último soldado de su ejército, que no manda fusilar á nadie?

¿Quién es más digno de compasion? ¿el banquero á quien una mala jugada de Bolsa reduce á la miseria, es decir al suicidio,—que la miseria aun parece más horrible que el suicidio al hombre acostumbrado al fausto y á la satisfaccion de todos sus caprichos,—ó el obrero que con salud y con el poderoso estímulo del amor de la esposa honrada y los tiernos hijos, trabaja de la mañana á la noche para ganar 8 ó 10 reales, y ruega á Dios todos los dias que nunca le falten?

¿Quién es más dichosa?... ¿la rica heredera que da su mano á un hombre á quien ningun amor profesa, porque este hombre tiene tanta ó más fortuna que ella, ó que no puede adivinar si los que se dicen sus apasionados lo están de ella ó de su dinero, ó la pobre que sabe seguramente que al hombre que aspira á su mano no le induce la codicia, sino el amor?...

¡Qué caos tan espantoso, que horrible confusion debe haber en el cerebro de algunos grandes hombres! ¡Que remordimientos, qué inquietudes, qué alarmas en el corazon de otros! Y ¡qué tranquilidad, qué alegría, qué calma tan envidiables en el hombre del vulgo!...

Donde los hombres que aspiran al poder, á la riqueza, á la inmortalidad, no distraen el ánimo de sus abrumadores pensamientos, ni se divierten, ni se rien, ni dan expansion al espíritu fatigado, allí las gentes del vulgo gozan extraordinarias delicias, y no se acuerdan de su estrechez, ni son atormentadas de ambiciosos deseos, y se alegran, y lloran de alegría, y robustecen la salud y ensanchan el espíritu...

El poderoso desconfia de sus amigos; el que nada

tiene, el que nada puede, el que nada ha de dar y nada ha de pedir, podrá no tener amigos; pero si los tiene, los tendrá sinceros.

No es esto suponer que el poderoso no puede tenerlos; es solo decir que entre los del poderoso habrá más traidores que entre los del pobre.

Una romería, la de San Isidro, por ejemplo, es una sublime expansion, una suprema alegría, una inmensa satisfaccion para el vulgo; para los hombres políticos ó de negocios, ó de letras, para los que no son nada de esto, sino simplemente hombres de mundo, caballeros aficionados al baile, á la banca,—el monte,—al teatro Real, á las carreras de caballos, al té de la marquesa Tal y al chocolate del señor Cual, ¿quieren VV. hacerme el favor de decirme qué atractivos tiene la romería de San Isidro?

Yo envidio á aquel señor gordo que , acompañado de su mujer, gorda tambien, y de tres hijos, tambien gordos, coloradotes y llorones, está sentado á la sombra, comiendo su parte de una tortilla, y dando de cuándo en cuándo un manoton á un chico que quiere coger un pedazo con los dedos, ó un consejo á otro que hace una pregunta inconveniente, ó una leccion de caridad á otro que tira una piedra á un perro, á quien el olorcillo del jamoncillo de la tortilla trae hácia el lugar del banquete. Díganle VV. á este apreciable ciudadano, que nunca ha sido,—fuera de su profesion,—mas que miliciano nacional forzoso, que Garibaldi está en Caprera con un grano en las narices, y se quedará como estaba, lo mismo que si le explican VV. el origen de la cuestion de Polonia.

Yo envidio á aquel apreciable vendedor de comestibles, que desde un asiento de galería ve la comedia, sin pensar en otra cosa que en la comedia, y alegrándose muy mucho cuando ve la virtud triunfante y el vicio castigado, y que supone que la actriz que en la comedia aparece como un modelo de mujeres fuertes, casta como Susana y heroica como las de Esparta, es efectivamente un dechado de pudor y buenas prendas, y que no podrá creer, aunque se lo digan frailes descalzos, que aquel galan de la comedia que da tantas pruebas de abnegacion y desinterés, despreciando una boda ventajosa por casarse con una pobretona, y que tantas buenas cosas dice del amor y de la religion de sus padres y de su honor, y que al fin muere cosido á puñaladas por el traidor, y muere contento porque sabe que su amada y el padre, y los hijos, digo, los sobrinos de su amada, quedan sanos y salvos, indultados los varones de la pena de muerte á que estaban condenados, y ella libre tambien de la cárcel en que la oprimia el traidor, y en disposicion de poder con toda tranquilidad llorar eternamente la temprana muerte de su apuesto amante, no podrá creer, repito, que aquel galan es un tuno de siete suelas, que le gustan las mujeres del prójimo, como si no fueran de nadie, que viste ordinariamente levita ó gaban, y no aquel bonito traje de Luis XIV; que debe á la patrona muy buenos cuartos, que debiéndolos él no pueden ser peores, y que aborrece á la actriz á quien tantas lindezas dice en la escena, y todo porque está ajustada en lugar de su mujer, que ha tenido que ajustarse en provincias. El teatro, para este personaje de quien voy ha-

blando, es la verdad, aunque la comedia que se representa sea de lo más inverosímil posible, aunque sea de magia, en cuyo caso creará que efectivamente el genio del mal es quien hace que salgan llamas del tablado, ó que el gracioso se convierta en cuadrúpedo, y la graciosa en paloma torcaz, y el barba en ganso, y que el genio del bien es el único que interviene en la trasformacion de una caverna de ladrones en el templo de la Felicidad ó la Gloria, y el árbol gigantesco y descarnado en bellissimo carro triunfal arrastrado por cuatro cisnes, y que anochece en efecto en aquel momento en el país, donde pasa la accion de la comedia, cuando se disminuye la luz de los quinqués, ó que cuando comienza á aclarar está saliendo precisamente el sol por encima de las bambalinas.

Yo envidio al modesto propietario de una ó dos casitas, que vive de su modesta renta, y va á la compra, si á mano viene, y aunque no venga á mano ni á pié, y le dice á su mujer lo que quiere comer, y conoce en el olor si la merluza está fresca, y discute con la criada sobre cuestiones de limpieza y ornato privado, y sabe cuándo le toca encender el farol de la escalera, y compra todos los dias *La Correspondencia*, y la lee de cabo á cola,—que no he de decir rabo, tratándose de un querido compañero de la prensa,—y cree todo lo que dice, y tiene por sábio al que lo es, segun dicho periódico, y no cree en más libros, ni en más partidos ni en más gobiernos que en *La Correspondencia*.

Yo envidio, en fin, al hombre que nunca es traído ni llevado por los periódicos; que no espera llegar á ser ministro por más crisis que haya en España; que

cree firmemente que los ministros saben más que los demás y tienen una organizacion distinta de la de los demás; que cuando oye tiros se mete en su casa y desea siempre el triunfo del gobierno; que no sabe lo que es conspirar ni lo que es autonomía, ni tiene conciencia de que le falte ningun derecho, por más que todos los dias lea en algunos periódicos amargas quejas y terribles pronósticos fundados en la falta que tienen los ciudadanos de ciertos derechos; que vive perfectamente sin el derecho de reunion, porque él dice que no le gustan malas compañías; sin el derecho de asociacion, porque una vez tuvo un sócio en cierta empresa, y por poco el sócio le deja en camisa, lo que no hubiera sido lo peor, aunque hacía frio, si no fuera la intencion del sócio dejarle además sin un ochavo, y comprometido y á punto casi de ir á la cárcel, y á todo esto en camisa; sin el derecho de peticion, porque á él no le gusta pedir favores á nadie, y tiene el genio muy corto; que no tiene nunca cuenta con el sastre, ni con nadie; que ni engaña á su mujer, ni teme que su mujer le engañe; que no sabe lo que son Panticosa, y Archena, y Vichy, y Eaux-Bonnes, ni comprende que la gente se vaya de Madrid en el verano á sudar á otra parte, dando con esto una prueba de ingratitud á Madrid, que sufre y mantiene en invierno á toda esa gente, para que luego se largue en el verano á dejar el sudor de su frente y de todo el cuerpo en otras poblaciones y á decir pestes de Madrid, donde durante el invierno conserva los ojos, que luego en el vera no tiene que dar uno por cada cosa que desea, y esto si no descarrila el tren, ó se besan dos locomotoras, ó se le hinchan al

mar las narices, ofendido de que vayan á llevarle tantas y tan extrañas dolencias todos los años, y se almuerza un par de bañistas, que almorzarse el mar un par de bañistas es tan fácil como almorzarme yo un par de huevos.

La gloria, el renombre, los calificativos eminente, ilustre, distinguido, conocido y apreciable, son una gran cosa: tener dinero parece—y no es así—mejor que no tenerlo; ser ministro se desea más que ser portero, aunque sea portero mayor; y figurar, y llamar la atención, y satisfacer la vanidad y la soberbia, y elevarse, y crecerse, como dicen de los toros los periódicos, y distinguirse, en fin, del vulgo por cualquier medio y en cualquiera esfera, aunque sea en la de un reló, es el *desideratum* de todos los mortales en el siglo XIX.

Y con esto, nadie piensa en la salud, en la tranquilidad, en la vida dulce y apacible, en los inocentes placeres, y grandes satisfacciones, y puras alegrías del vulgo, del vulgo sin necesidades, sin acreedores, sin intrigas, sin aduladores y enemigos, sin hombres públicos y sin influencias morales, sin más cuidado, en fin, ni más obligación que el provechoso cuidado de vivir y la grata obligación de trabajar para una madre anciana, para una esposa amante y para unos hijos, tanto más amados, cuanto más afan, más sudores, más penas cuesta sostener su vida.

XXIX.

Doña Paquita.

Alta, gruesa, proporcionada, buena moza, viuda ó soltera, con su vestido negro, su pañuelo grande, su pié bien calzado, sus guantes siempre puestos y su velo echado, viene por aquella calle, siempre por una de las principales, una señora de buen aspecto, de buen conjunto, de andar reposado y casi majestuoso, á la que los hombres miran al pasar con cierto interés, y á quien las mujeres que pasan á su lado miran de reojo, y luego que han pasado se vuelven á mirarla el *aire* y el vestido.—Esta costumbre de mirarse las señoras de esa manera es viejísima; regularmente vienen dos en direccion opuesta, y despues de mirarse al pasar una al lado de otra, como diciéndose: ¡Te veo! dan ambas igual número de pasos, siguiendo su camino, y en el mismo momento, al tiempo mismo, como movidas por un resorte, se vuelven las dos á mirarse la espalda y la *cola*.

La señora que hemos visto y nos ha llamado la atención por su buen *aire*, se llama doña Paquita, aunque á ella le gusta más que la llamen Paquita, como la llaman en efecto sus contemporáneas, porque á ellas también les gusta que las llamen Dolorcitas, Manolita, Pepita, Pilarcita, etc., etc.

La edad de doña Paquita es la que da ocasión á que se diga de una señora que es mujer de cierta edad, con lo cual ya presume el discreto lector que no habrá cosa más incierta que la edad de doña Paquita. Ella concede, y no es poco conceder, que ya no es niña, cosa que concede porque salta á la vista; pero por lo demás, protesta contra el afán que ciertas gentes tienen de reconocer fechas con más calor y con más entusiasmo que contra el reconocimiento de Italia los Ilmos. señores y las señoras ilustrísimas que han firmado los documentos insertos tiempo ha en los periódicos.

Doña Paquita lleva siempre el velo echado; y ¿saben VV. por qué? Porque una mujer de buena presencia, con el velo echado, excita grandemente la curiosidad, y á doña Paquita le gusta que la miren los hombres; y aunque parece que se incomoda y hasta se ruboriza, también le gusta que alguno la siga, y aun le diga alguna que otra palabrita lisongera. Doña Paquita se detiene cincuenta veces en la calle; allí se para á la puerta de una tienda, donde hay de muestra piezas de chaconada, percales, lanas y otros géneros, que doña Paquita examina y tienta para enterarse de si es mala ó buena la calidad; más allá permanece un buen rato contemplando en el escaparate de una platería

las joyas que no ha de comprar, y alguna vez suele entrar á preguntar el precio de unos pendientes, ó de una pulsera, ó de un anillo, diciendo siempre [que es un encargó que la han hecho, que ya volverá, y que en un caso le han de hacer una rebaja en el precio, sin que nadie le haya encargado cosa maldita. A doña Paquita le gusta pasar por donde hay algunos hombres reunidos, que al verla, abren paso, forman en dos líneas y le dicen algun que otro piropo, que á ella le da muchísima vergüenza oír, segun lo deprisa que pasa y lo que recoge el velo, para hacerlo más discreto é impenetrable.

Pero ¿quién es doña Paquita? ¿A dónde va doña Paquita?... preguntará el lector, siempre curioso. Doña Paquita es doña Paquita, es un tipo callejero, una mujer que se la encuentra uno cien veces en la calle, que la conocen en todas las tiendas, donde saben que se llama doña Paquita, y que rara vez compra algo, pero siempre revuelve, y entretiene, y pasa el tiempo. En una tienda le dirán á V. que es viuda de un gentil hombre; en otra, que su marido está en Cuba; en otra, que es una señora de la aristocracia; en otra, que es prima del ministro de tal ó cual ramo; porque en cada tienda ha dicho ella lo que tiene por conveniente. En las oficinas públicas la conocen tambien; en la Deuda ha estado cien veces preguntando por la liquidacion de los atrasos de un tio suyo que está impedido; en la Caja de Depósitos la han visto en ocasion de preguntar á un oficial cuándo vencian los intereses de unas obligaciones de ferro-carriles, propiedad,—las obligaciones, no los ferro-carriles,—de un primo suyo

que está fuera y la tiene que enviar poder para que los cobre; en el ministerio de la Gobernacion ha estado varias veces en la audiencia de los ministros, pretendiendo colocar á un sobrinito; á las oficinas de las Juntas de señoras benéficas ha acudido más de una vez solicitando, no para ella, sino para una amiga, socorros pecuniarios; á los empresarios de los teatros ha ido á pedir que hagan funciones en favor de una familia desgraciada; no es desconocida en las redacciones de los periódicos, de los que ha solicitado sueltos y gacetillas, ora llamando la atencion del gobierno sobre la cesantia dada á una persona de mucho mérito, ora encareciendo la habilidad y virtud de una maestra de niñas, ora dando cuenta del robo hecho á una señora en la iglesia, ora elogiando el retrato de una señora pintado por un jóven muy aprovechado; hasta en palacio conocen á doña Paquita, que ha pedido audiencias á la reina, con objeto sin duda de pedirla algo. En las iglesias se la ve tambien, como que pertenece á las *hermanas de María*, y á las *siervas de Jesús*, y á las *hijas de San José*, y otras asociaciones religiosas, que no faltan en Madrid. Ella, segun dice, conoce á todas las personas de suposicion, sabe dónde viven, y todos los marqueses, duques, príncipes, obispos, curas párrocos, capellanes de honor, son amigos de su familia, y han visitado su casa en otros tiempos, y todas las duquesas, marquesas, princesas, generalas, brigadieras, coronelas, comandantas, intendentas, camaristas, azafatas y mozas de retrete, poetisas, amas de cura, abadesas, monjas y legas, la quieren mucho y desean su visita. y la consultan en todas las cuestiones graves, y la con-



fian las más delicadas comisiones, aquellas para cuyo desempeño se necesita una inteligencia como la de doña Paquita, Esto lo dice ella, por supuesto, sin que nadie se lo pregunte.

Y ¿á dónde va doña Paquita?... No se sabe; alguno que la sigue se cansa pronto de ir tras ella, porque doña Paquita no hace mas que recorrer calles, por lo que debemos suponer que doña Paquita tiene la costumbre de vivir más en la calle que en su casa.

Si pudiéramos penetrar en su casa, acaso sabríamos de ella cosas peregrinas; acaso, si es viuda, que no lo sabemos, encontraríamos en un corredor ó en el patio á sus hijos jugando, subiéndose en el brocal del pozo, exponiéndose á desnucarse cien veces al día, sucios, desgreñados, y educados poco más ó menos como *salvajitos*; si es soltera, acaso la podríamos ver, siempre que hubiera algun agujero por donde verla sin ser vistos, llorar desesperada y quejarse de la suerte impía que no la ha deparado un triste marido; si es casada y su esposo no vive en su compañía, acaso la veríamos llorando alguna falta irremediable que fué origen de la separacion...

Sean los que sean el estado y condicion de doña Paquita, lo seguro es que es una mujer muy libre, es decir, muy amiga de la libertad de salir y entrar, de ir donde quiera sin dar cuenta á nadie.... y tambien es seguro que cualquiera que sea su posicion, rica ó pobre, cualquiera que sea su estado, casada ó viuda ó soltera, y ora tenga motivos para estar triste, ora los tenga para estar alegre, doña Paquita conserva siempre una aficion, la de acicalarse, aderezarse, empere-

gilarse y retocarse exteriormente... Así es que el color de su rostro, cuando se levanta el velo, es de lo más *hermoso*, sus dientes son blancos, en la barba tiene un lunar tan propio que parece que se lo ha pintado Gisbert, y el pelo está tan negro y reluciente como si doña Paquita se hubiese vertido una botella de tinta sobre la cabeza....

Por supuesto que doña Paquita es una señora, no vayan VV. á creer otra cosa, y ha tenido muy buenos amigos, y aun los tiene.

Pero no traten VV. de ser amigos suyos, porque me parece que doña Paquita es de las que escriben cartas como esta:

«Amigo mío: Suplico á V. que con el dador, persona de confianza, me haga V. el favor de enviarme cinco duros hasta fin de mes, que se los mandaré á V. No haria esto con otra persona, pero V. me conoce y sabe quién soy yo. Estoy esperando una letra, y hoy me escriben diciéndome que vendrá á fin de mes. De V. S. S. y amiga, *Paquita*.»

Probablemente ahora irá con una petición semejante, porque se acerca á aquel mozo de cordel de la esquina y le da una carta, dándole sin duda algunas instrucciones al mismo tiempo que la carta; el mozo entra en aquella casa de buen aspecto, y doña Paquita se acerca á una confitería, contempla un momento el escaparate, entra luego, se come un merengue y un vaso de agua,—el vaso de agua no se lo come, se lo bebe,—y despues se pone en la puerta de la tienda, como mirando unas cajas muy bonitas para dulces, y preguntando el precio á la confitera.

Pero ya vuelve el mozo de cordel, que entrega á doña Paquita la carta, diciendo:—¡Que no está el señorito!...

Doña Paquita coge la carta, sin disimular el despecho que le causa el mal éxito de su empresa, y da cuatro cuartos al mozo, aunque de muy mala gana.

Si estuviéramos más cerca de ella, la oiríamos decir:—Veremos á ver si el otro está.

Eso será que lleva otra carta para otro; si éste contesta satisfactoriamente, acaso irá doña Paquita á comer hoy su cubierto de diez reales á la fonda, acaso irá al teatro, acaso se comprará una libra de dulces y un frasquito de *patchouli*....

Pero dejémosla dar vueltas por Madrid, que tenemos mucho que hacer para ocuparnos en seguir á doña Paquita, además de que ya la sigue un caballero con gafas, á quien ha llamado la atención el buen aire de doña Paquita. Se cansará probablemente ántes de saber dónde vive la señora, ó acaso, si en efecto va ella á la fonda y él se atreve á entrar, y se sienta en otra mesa, y pága lo que á él le sirvan y lo que le sirvan á ella, sabrá al fin que se llama doña Paquita, que es casada, ó viuda, ó soltera, como ella quiera, y que siempre ha sido una señora....

A ningun baile de máscaras falta doña Paquita con alguna amiga, vecina regularmente. Con careta es el demonio, que revuelve á Roma con Santiago. Verdad es que ella siempre la lleva.

ÍNDICE.

<u>CAPÍTULOS.</u>	<u>PÁGINAS.</u>
I.....	Las madres abandonadas. 5
II.....	Los cómicos de afición. 15
III.....	El coche de plaza. 32
IV.....	El marido cominero. 41
V.....	La mamá y las niñas. 49
VI.....	El pobre y el rico. 57
VII.....	Los pobres vergonzantes. 65
VIII.....	El barbero. 84
IX.....	El médico. 94
X.....	La santurrona. 100
XI.....	La patrona. 110
XII.....	El solteron. 120
XIII....	El novio. , 130
XIV.....	La novia. 141
XV.....	Los usureros. 150
XVI.....	Los mendigos. 165
XVII....	Las amas de cria. , 173
XVIII...	Los jugadores. , 186
XIX.....	Los toros. 203
XX.....	Las mamás. 220

XXI.....	El sereno.	234
XXII....	La vecindad.	240
XXIII...	En el pueblo.	256
XXIV...	Matrimonios mal avenidos.. . . .	275
XXV....	El cesante	282
XXVI...	El ministro.	288
XXVII..	Pensamientos.	294
XXVIII.	El vulgo.	300
XXIX...	Doña Paquita.	310

CUADROS AL FRESCO.

CUENTOS DE TODOS COLORES

POR

CECILIO NAVARRO.

Este precioso libro, una de las mejores producciones que ha dado á luz su fecundo autor, y que consta de 464 páginas, ilustrado con 39 grabados intercalados en el texto, se halla de venta en la Administracion de *El Cascabel*, Hileras, 4, bajo, al ínfimo precio de 6 rs. en Madrid y 8 para provincias, á las cuales se remitirá enviando á dicha Administracion el importe en sellos de Correos ó en libranzas del Giro Mútuo.

LAS RIQUEZAS DEL ALMA.

NOVELA ORIGINAL

POR DOÑA ANGELA GRASSI.

PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Esta preciosa novela, que consta de dos tomos en 8.^o elegantemente impresos, se halla de venta en Madrid en la Administracion de *El Cascabel*, calle de las Hileras, número 4, al precio de 18 rs. encuadernada á la rústica, y 22 á la holandesa.

En provincias 20 y 24 rs. respectivamente.

En dicha Administracion se servirán los pedidos de provincias, siempre que vengan acompañados de su importe en sellos de Corros, libranzas del Giro Mútuo ó letras de fácil cobro.

ROMANCES POPULARES

POR

DON CÁRLOS FRONTAURA.

Constan de un tomo encuadernado, de 320 páginas, ó sean 20 pliegos de impresion.

Se vende en Madrid á 6 rs. y 8 para provincias. Se envia á éstas á quien remita á la Administracion de *El Cascabel* 16 sellos de medio real.

A los suscritores de *EL CASCABEL* se les rebaja 2 rs.

A los de Madrid á 4 rs.; á los de provincias á 6.

Se vende en la Administracion de dicho periódico, Hileras, 4.

MANUAL DEL CRISTIANO,

POR

D. JOSE PULIDO Y ESPINOSA.

Este precioso libro comprende toda la parte doctrinal y práctica de los Católicos, las oraciones diarias, el Rosario, el Via-Crucis, Confesion y Comunión, y todas las misas de Santos y fiestas movibles y fijas del año, é igualmente todas las Dominicas, y además una Semana Santa completa, habiendo podido reducir tanta lectura religiosa á dos tomos, que contienen 972 páginas y láminas en acero, y forman una verdadera biblioteca cotidiana del Cristiano.

Se venden los dos tomos, encuadernados á la rústica, á 16 rs. en Madrid y 20 para provincias, en la Administracion de *El Cascabel* y en las principales librerías.

Con encuadernaciones de más lujo, de 20 á 40 rs.

Los pedidos de provincias, á la Administracion de dicho periódico.



1025849

OBRAS EN PRENSA.

<i>Cosas de Madrid</i> , por D. Carlos Frontaura.	1 tomo.
<i>Galería de matrimonios</i> (edición hecha en París), por el mismo.	1 tomo.
<i>Las tiendas</i> , por el mismo autor.	1 tomo.
<i>Novelas</i> , por el mismo autor.	1 tomo.
<i>La hija de su padre</i> , novela, por el mismo autor.	1 tomo.
<i>El hijo del sacristán</i> , novela, por el mismo autor.	1 tomo.

EN PUBLICACION.

<i>Viaje cómico á la Exposición de París.</i>	1 tomo.
---	---------

MARIA MAGDALENA

NOVELA BIBLICA

POR

ANTONIO DE PADUA

Edición ilustrada por Capúz, á medio real la entrega en toda España.

ADMINISTRACION DE ESTAS OBRAS: LA DE EL CASCABEL,
Hileras, 4. —Madrid.

